

LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO: CONSIDERACIONES SOBRE SU PERIODIZACIÓN

Ricardo Martín Valls

I. Antecedentes

Al filo de la mitad del primer milenio a. de J.C. asistimos en el centro de la cuenca del Duero al eclipse de la «facies Soto de Medinilla», definida en su día por el Prof. Palol a partir de sus excavaciones en ese importante yacimiento vallisoletano¹. Se trataba de un mundo caracterizado por pequeños poblados establecidos en los valles de los ríos; por la utilización de una arquitectura de adobe, tanto en las viviendas —sorprendentemente de planta circular, lo que ya de inicio provocó amplias discusiones, aún no apagadas— como en las murallas; por la práctica de la agricultura, sin duda de gramíneas y ocupación principal, aunque también se constata cierta actividad ganadera y metálica, más la primera que la segunda; y por el empleo de unas cerámicas muy típicas, todavía elaboradas a mano, que presentan frecuentemente perfiles carenados y pies realzados, y cuya decoración, junto al borde, ostenta sobre todo triángulos rayados, líneas incisas o impresiones digitales.

Estas características, cuando se definió la «facies», se detectaban en muy pocos yacimientos; hoy, en cambio, son comunes, en líneas generales, a más de un centenar de estaciones, la mayor parte de ellas ubicadas en la Tierra de Campos y en la campiña de Valladolid, auténtico centro de estas gentes². De todas formas, no puede soslayarse el hecho de que no conocemos fortificaciones más que en El Soto de Medinilla y aún aquí éstas se levantaron cuando el poblado ya existía y fueron destruidas con la primera fase del mis-

mo, es decir, que los poblados no siempre están fortificados. Sin embargo, pese a esta incertidumbre, la uniformidad arqueológica es evidente en el centro de la cuenca y va disminuyendo a medida que nos alejamos de ella y nos aproximamos a los bordes montañosos. Así, por el oeste, si bien es cierto que el mundo del Soto sobrepasa el Esla y se adentra en los valles del Tera y Vidriales llegando al páramo leonés e incluso al Bierzo³; sin embargo, a cada paso, se va transformando en función del medio, incidiendo a la postre en la formación de la cultura castreña galaico-portuguesa. En este sentido es interesante recordar, por una parte, el sugestivo paralelismo que Palol establecía entre las casas de adobes de El Soto y las igualmente de adobes y circulares del castro orensano de Cameixa⁴ y, por otra, la observación de Esparza sobre el cambio que supone la vivienda circular de piedra del castro de Pedredo, cerca de Astorga, con respecto a la casa circular, todavía de adobe y decorada con estuco pintado, como en El Soto, del poblado de Sacaojos, en las inmediaciones de La Bañeza⁵.

Hacia el borde oriental, en tierras burgalesas, la «facies Soto» se conoce muy deficientemente, pese a la intensidad de las prospecciones llevadas a cabo en los últimos años; sólo en los valles fluviales que conducen al centro de la cuenca aquélla se nos muestra pujante, siendo su máximo exponente el poblado de Roa, sobre el mismo Duero, con casas circulares de adobe⁶. En cualquier caso, es a través de Burgos, y

¹ PALOL y WATTENBERG, 1974, pp. 181-193 y 194-195, donde se reúne toda la bibliografía anterior.

² MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1978a, p. 220 y mapa.

³ MAÑANES, 1977, pp. 337-338; Idem, 1981, pp. 147-148.

⁴ PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 33.

⁵ ESPARZA ARROYO, 1983c.

⁶ ABASOLO *et alii*, 1982, pp. 26-28.

más concretamente por el paso de Pancorbo por donde se establecen vínculos entre estos poblados meseteños y los alaveses de Peñas de Oro y Castillo de Henayo⁷. En tierras sorianas, al contrario, se conoce bastante bien una «facies» de este primer Hierro, denominada «cultura castreña soriana», que se extiende por las estribaciones del Sistema Ibérico y cuyas cerámicas tienen evidentes similitudes con las del Soto. Allí, como hacia el Noroeste, las viviendas son circulares de piedra, debiéndose destacar el reciente hallazgo de una de ellas en el castro del Zarranzano, aunque alternando con otras rectangulares⁸, lo cual no debe de sorprender en exceso, ya que este grupo se define como una «facies» local más de los Campos de Urnas del Noreste peninsular en la Meseta⁹. Otro grupo paralelo al anterior se advierte en una serie de poblados y sobre todo necrópolis —tradicionalmente consideradas posthallstáticas y cuya cronología ha sido hoy notablemente envejecida— del sur de la provincia de Soria y norte de Guadalajara, sobre el que insistiremos más adelante.

En los bordes septentrional y meridional la «facies Soto» presenta mayores problemas. No tenemos datos de lo que sucede en las estribaciones de la Cordillera Cantábrica, sí, en cambio, podemos hacernos una idea de lo que pudo ocurrir en varios yacimientos del Sistema Central, pero en este caso no precisamente a través de horizontes definidos, sino a partir de la carencia de ellos. Es de sobra conocida la estratigrafía del castro de Sanchorreja¹⁰, pues ha sido la base, y aún lo sigue siendo en parte, de la seriación cultural del occidente de la Meseta durante la Edad del Hierro. A la vista de las indudables fechas altas que hoy recibe el mundo de Cogotas I —cuando menos Bronce Final— tan bien representado en Sanchorreja I, queda un vacío, aparentemente sin contexto, hasta que se inicia la segunda fase, Sanchorreja II, caracterizada, como se sabe, por las cerámicas «a peine», que se iniciaría grosso modo a partir del 500 a. de J.C. Nos parece fuera de duda que ese vacío ha de llenarse con las cerámicas pintadas «hallstáticas» del nivel inferior —las de «tipo Meseta» de Almagro Gorbea¹¹— a las que podrían asociarse ciertos elementos metálicos, como las fíbulas de doble resorte, habituales en los Campos de Urnas tardíos. En esa dirección, a reconocer un nivel de «facies Soto» o similar, en cuyo

yacimiento epónimo también se documentan aquellas cerámicas, han de encaminarse las investigaciones que se hallan actualmente en curso¹². Otro tanto cabría decir del castro de Las Cogotas, donde se produce el mismo vacío; para llenarlo no tenemos los elementos que en Sanchorreja, pero indicios no faltan, como hemos de ver. Es preferible esto, a pensar en un abandono del poblado en los últimos compases del Bronce Final.

Este es, a grandes rasgos, el panorama que ofrece la Meseta cuando va a iniciarse la segunda Edad del Hierro. Cabe plantear, pues, en qué momento termina la «facies Soto» o, lo que es lo mismo en el centro de la cuenca, cuándo da comienzo el mundo que se caracteriza fundamentalmente por las cerámicas «a peine».

La cronología de Soto II, habida cuenta de que las dos fechas radiocarbónicas del yacimiento no son fiables¹³, sigue descansando en la ecuación SII = PIIB (650-550 a. de J.C.), que relaciona el yacimiento vallisoletano con Cortes de Navarra¹⁴. No tenemos, sorprendentemente, ninguna datación absoluta de los numerosísimos yacimientos de Tierra de Campos, por lo que, como elemento de comparación, hay que acudir a las zonas marginales; así, las estaciones de El Royo y el Castro del Zarranzano, pertenecientes a la «cultura castreña soriana», proporcionan las datas de 530¹⁵ y 430, ésta repetida, o 460 a. de J.C.¹⁶, respectivamente, mientras que el castro zamorano de Sejas arroja la cifra de 410¹⁷. Parece como si en los bordes oriental y occidental de la Meseta, una facies relacionada con la nuestra, en el primer caso, y ella misma en el segundo, hubieran perdurado bastante tiempo. Tal apreciación tiene notable fuerza en el borde occidental, habida cuenta de la falta de materiales de Cogotas IIa, lo que ya en su día nos movió a defender una perduración hasta el mundo celtibérico¹⁸; en este mismo sentido, Esparza da un paso más, al proponer una permanencia aún mayor, por considerar escasa la fuerza del fenómeno de la celtiberización en el sector¹⁹.

⁷ PALOL, 1974, pp. 95-99.

⁸ ROMERO CARNICERO, 1984b.

⁹ ROMERO CARNICERO, 1984a.

¹⁰ MALUQUER DE MOTES, 1958.

¹¹ ALMAGRO GORBEA, 1977a, p. 460.

¹² GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, 1983.

¹³ PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 192.

¹⁴ PALOL, 1963, pp. 144 y 149.

¹⁵ EIROA, 1980, pp. 433-439.

¹⁶ ROMERO CARNICERO, 1984b.

¹⁷ ESPARZA ARROYO, 1983c.

¹⁸ MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1977, p. 293.

¹⁹ ESPARZA ARROYO, 1983c.

Los datos expuestos reflejan la complejidad del problema cronológico; sin embargo, para el centro de la cuenca, la fecha que nos proporciona Sanchorreja respecto al inicio de las cerámicas «a peine», en torno al 500 a. de J.C., la creemos fundamental, pues no contradice, sino todo lo contrario, lo que hoy sabemos de Soto II. De todas maneras, no pueden excluirse perduraciones de ciertas formas cerámicas de tipo Soto, incluso hasta bien entrado el siglo IV a. de J.C., si tenemos en cuenta los acertados paralelos que se han hecho entre materiales del Pago de Gorrita y Carrasco del Campo²⁰.

II. Los inicios de la Segunda Edad del Hierro

El estudio y consiguiente reconstrucción histórica de la segunda Edad del Hierro en la Meseta Norte se presenta lleno de dificultades, no sólo a causa de que el numeroso material arqueológico disponible ofrezca frecuentes lagunas en su documentación de campo o de que incluso la cronología de piezas estudiadas oscile en trescientos años, sino también porque ya cabe manejar fuentes escritas, pocas unas veces, confusas otras, que tan difíciles son de adecuar al panorama arqueológico.

Dos importantes novedades técnicas tienen lugar en esta época: la fabricación masiva de útiles de hierro —antes su empleo era muy esporádico— estimulada por la amortización constante de las armas y otros objetos en los ajuares de las necrópolis, y el uso del torno para la elaboración de las cerámicas, que ya no serán en muchos casos producciones locales, como lo eran y lo siguen siendo las especies a mano, sino que tendrán un carácter industrializado, fabricándose en alfares, aún desconocidos, situados en centros neurálgicos, que seguirán funcionando incluso ante la presencia romana. Estas novedades, que caracterizan el Hierro pleno meseteño, no se producen de golpe. Ya hemos aludido a que la primera utilización del hierro corresponde a la etapa anterior, a las gentes de «facies Soto»; sin embargo, será ahora, en el momento en que se desarrolla el horizonte de las cerámicas «a peine», cuando la metalurgia del nuevo metal tome carta de naturaleza. El empleo del torno, en cambio, es posterior, cuando ya ese horizonte se consume frente al impacto celtibérico, correspondiendo precisamente a ese momento sus

más bellas producciones, las más barrocas, que, además, incorporan otras técnicas decorativas e incluso, en algún caso, los propios motivos peinados pasan a vasos formalmente celtibéricos.

La dispersión de las cerámicas «a peine», que se encuadran en la fase Cogotas IIa, es típicamente meseteña, aunque con una prolongación muy acusada hacia la zona suroccidental, donde se documenta el conjunto de piezas más representativo. De una cincuenta de yacimientos conocidos, sólo cuatro están fuera de ese ámbito, y aún tres de éstos se encuentran en zonas aledañas de la Meseta Sur. Los hallazgos de estas cerámicas proceden de poblados o de necrópolis y casi siempre los contextos en los que se producen son poco significativos, si se pretende aislar el horizonte. La razón estriba en que o las circunstancias de los descubrimientos son confusas o estas cerámicas están asociadas, bien en estratos, bien en ajuares funerarios, a otros vasos, entre los que se incluyen especies torneadas; incluso en el caso de los enterramientos, cuando aparece una única urna peinada tampoco se puede asegurar que el depósito no pertenezca al mismo momento que los otros conjuntos funerarios. Por ello, creemos de mucho interés destacar dos yacimientos. Sanchorreja y Salmantica, donde el horizonte de las cerámicas «a peine» se documenta sin mezclas realmente significativas de materiales posteriores, y sobre todo un tercero, el poblado del Picón de la Mora, donde aquéllas aparecen sin ningún tipo de contaminación.

El nivel superior de Sanchorreja²¹ ha proporcionado un gran conjunto de cerámicas «a peine», caracterizado por las formas sencillas —hemisféricas sobre todo— y decoraciones muy simples y ligeramente incisas. Es de capital importancia, tras unas excavaciones muy intensas, el dato negativo de la ausencia en este contexto de las especies decoradas con soles, acanaladuras, estampaciones «antiguas», etc., documentadas en otros yacimientos abulenses, como Las Cogotas y Chamartín de la Sierra, o en el mismo Soto de Medinilla (Soto III), porque permite entrever un momento muy primitivo para la fabricación de las cerámicas «a peine», en el que éstas son prácticamente exclusivas entre las producciones características. Sin embargo, no podemos soslayar la existencia de cerámicas torneadas, de pastas oscuras, aunque en proporción muy escasa con respecto a las fabricadas a mano, así como el hallazgo, «en superficie, más que dentro de nivel», de fragmentos, de pastas rojas, celtibéricas.

²⁰ ROMERO CARNICERO, 1980.

²¹ MALUQUER DE MOTES, 1958, pp. 48-71.

La irrelevancia de estos últimos datos viene confirmada, además, por el hecho de que las primeras —cuya única explicación posible es pensar en una aportación meridional— no se constatan, en absoluto, en las excavaciones que se realizan actualmente²².

Los trabajos de Maluquer permiten también establecer ciertas asociaciones fiables de objetos metálicos a las cerámicas «a peine». Hemos de aludir, en primer lugar, a los problemas de atribución que plantea el famoso depósito de bronce (dos ajorcas con colgantes amorcillados, una hebilla de cinturón con placa recortada con un garfio, un fragmento de hebilla con un grifo y restos de la hembra en forma de parrilla, y otras chapas amorfas) descubierto en la choza *Sa 1*, que debió esconderse durante el siglo VI a. de J.C., según se deduce del estudio de las piezas. La cuestión estriba en fijar a cuál de los horizontes culturales del castro corresponde el depósito. Su posición estratigráfica, en la parte alta del nivel inferior, pero dentro de ese nivel, aconseja atribuirlo a un hipotético horizonte, ya aludido, al que corresponderían las cerámicas pintadas hallstáticas y ciertas fíbulas de doble resorte; sin embargo, no puede descartarse la posibilidad de que los responsables de la ocultación fuesen las gentes de las cerámicas «a peine» que vivieron en la choza *Sa 1*, pues, aún dificultándolo, hasta cierto punto, la información que tenemos del hallazgo, resulta viable atendiendo a la cronología, según veremos. En todo caso, se trata de un exponente muy importante —a juzgar por la famosa hebilla del grifo— de las relaciones de los Campos de Urnas tardíos de la Meseta con el mundo tartésico.

Otros materiales, en cambio, no plantean problemas de atribución, por cuando corresponden a Sanchorreja II. Tales son una punta de lanza de hierro, con cubo y nervio central, procedente de la choza *Sa 7*; cuchillos y punzones de hierro; dos fíbulas de una sola pieza, sin muelle ni resorte, halladas en las viviendas *Sa 14* y *Sa 16*; otra más de una sola pieza con breve resorte bilateral y fíbulas de doble resorte de tipo antiguo, sobre cuya importancia cronológica hemos de insistir. También se citan dos fíbulas de pivotes, precisándose que una corresponde a la parte baja del nivel superior; tal localización, habida cuenta de que la cronología de estas piezas se lleva en Cataluña al siglo VIII a. de J.C.²³, es inviable, por lo que seguramente correspondería al hipotético horizonte de

los Campos de Urnas. Finalmente, también se halló en el nivel superior un solo fragmento de fíbula de torrecilla lateral, que no puede asociarse a las cerámicas «a peine» que estamos comentando, sino más bien a las especies torneadas de estirpe celtibérica, que se encontraban en superficie.

El castro de Salmantica deparó un conjunto relativamente uniforme de cerámicas «a peine», en un contexto que no difiere grandemente de lo que hemos visto en Sanchorreja. También aquí aquéllas se asocian a fíbulas de doble resorte —un fragmento— y a otra de resorte bilateral, de tipo impreciso. Pese a que la recogida de estos materiales no procede de excavación sistemática, sino de salvamento apresurado, cuando se construía un edificio en el Cerro de San Vicente —lo que explicaría perfectamente la presencia de una tapadera a torno— los datos que proporciona son firmes²⁴. El interés que ya de por sí presenta el conjunto se acrecienta ante el hecho de que también en ese lugar existió una ocupación de «facies Soto», inequívocamente atestiguada por los tan característicos grandes recipientes cerámicos de pies realzados con molduras (fig. 1).

En el poblado del Picón de la Mora, a los pies del castro de ese nombre²⁵, se localizaron, no hace mucho tiempo, varios manchones cenicientos relativamente bien definidos, que el arado ha ido degradando hasta casi hacerlos desaparecer. La atenta vigilancia del yacimiento ha permitido recoger una serie de materiales muy rodados, pero de gran interés, como son: numerosos pequeños fragmentos cerámicos decorados con peine muy fino y alguno de «tipo Soto», varias agujas de bronce y trozos de fíbulas, tanto de doble resorte de tipo primitivo, con puente filiforme, como de pie vuelto con botón terminal²⁶ (fig. 2).

Así pues, estos tres yacimientos nos permiten señalar la existencia de una etapa primitiva de las cerámicas «a peine», que tal vez pueda ser detectada en otros lugares donde estas producciones, aunque en un momento más evolucionado, se constatan. En este sentido es interesante destacar un vaso del castro de Las Cogotas, cuenquiforme y con decoración sencilla a peine, que ostenta botones de cobre²⁷, ya que estas aplicaciones metálicas se están llevando en Andalucía a fechas muy altas. En el Cerro de la Encina, de Mona-

²² GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, 1983, p. 18.

²³ ALMAGRO GORBEA, 1977b, pp. 101-102.

²⁴ MALUQUER DE MOTES, 1951.

²⁵ Sobre el castro véase MARTÍN VALLS, 1971a.

²⁶ La información sobre este yacimiento la debemos a don Eduardo Martín González.

²⁷ CABRÉ AGUILÓ, 1930, p. 55, n.º 5 y lám. LXI-2.

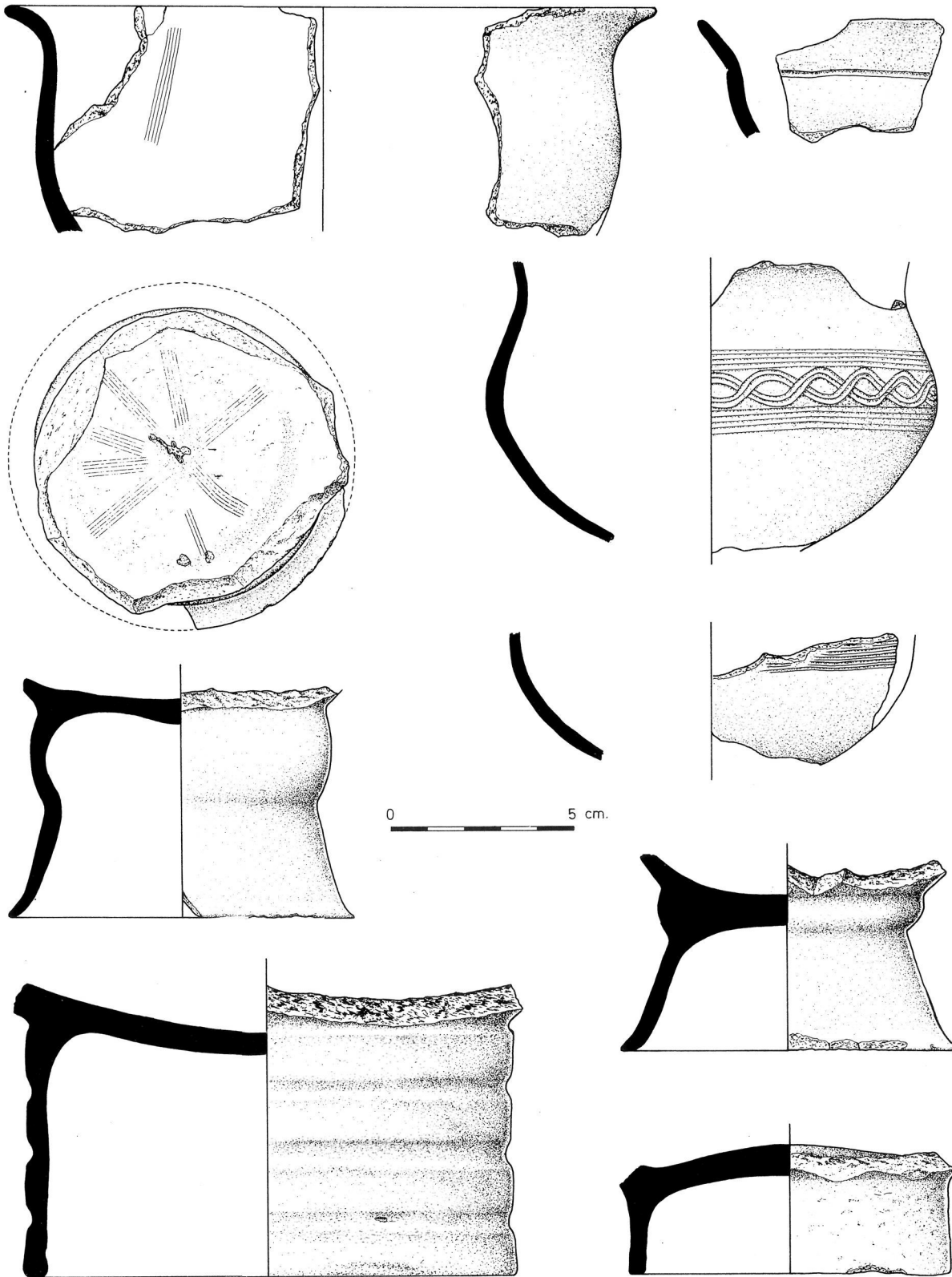


Figura 1. Cerámicas con decoración a peine y de tipo Soto, del castro de Salmantica (Cerro de San Vicente).

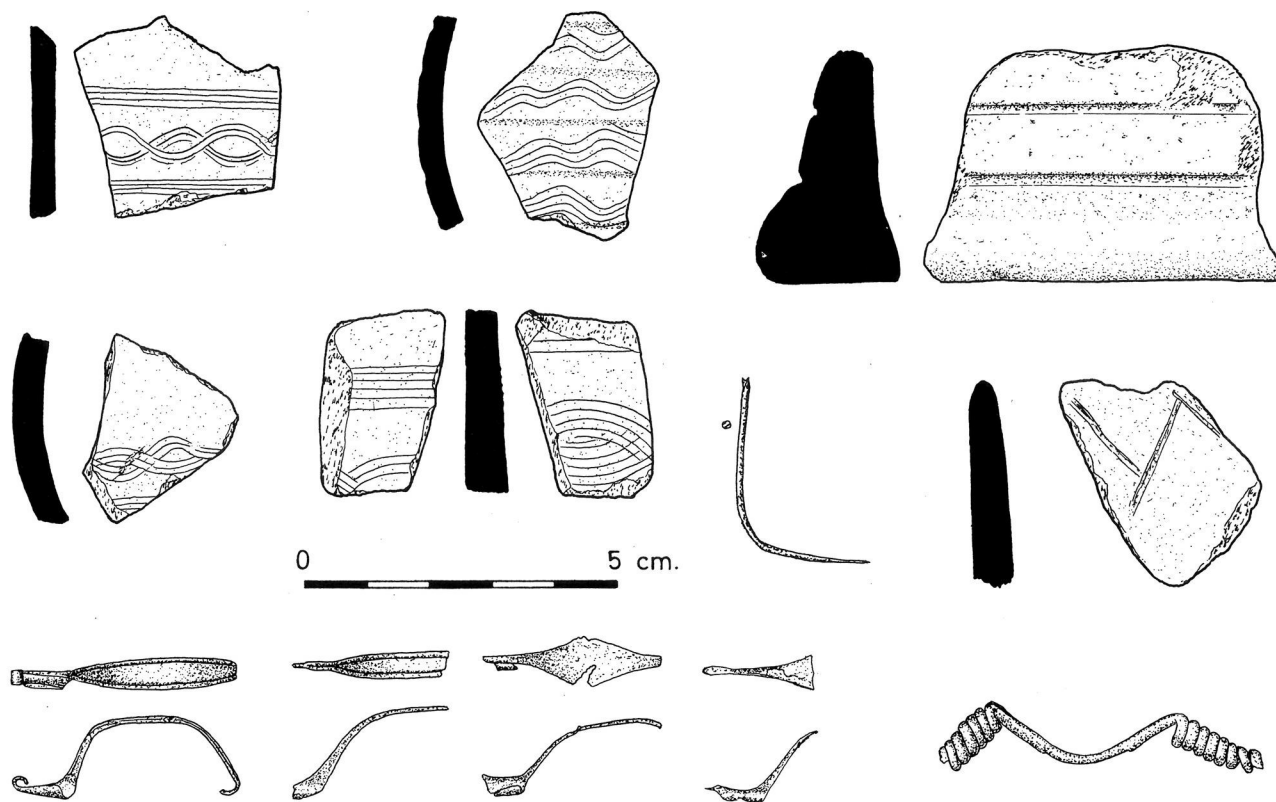


Figura 2. Materiales del poblado del Picón de la Mora: cerámicas con decoración a peine y de tipo Soto; fíbulas y aguja de bronce.

chil, en el estrato II correspondiente a la fase III del poblado, apareció un fragmento cerámico decorado con un botón de bronce; dicha fase ha sido datada entre un momento posterior al año 1000 a. de J.C. y el 700²⁸. Cronologías muy antiguas, también, nos proporciona la necrópolis de Setefilla, donde apareció un vaso bicónico con remaches de bronce en la superficie, cuyo carácter intrusivo en cuanto a decoración, de abolengo meseteño, ha sido señalado por M.E. Aubet, quien fecha la necrópolis entre los siglos VII y VI a. de J.C.²⁹. No sería difícil, pues, que algunos vasos con decoración de botones de cobre fuesen sincrónicos a las cerámicas peinadas más antiguas y que estuvieran, como ellas en la base de Cogotas II, apoyando, incluso, una fecha entrada en el siglo VI para el inicio de Sanchorreja II. Además, en líneas generales, las cerámicas «a peine» con temas simples —ondulaciones entrecruzadas— procedentes de las necrópolis de Las Cogotas y La Osera, se fechan, mediante asociaciones con fíbulas, tanto de La Tène como de

puente romboidal y muelle unilateral³⁰, en una época relativamente antigua del desarrollo de esas necrópolis, cuyo comienzo ha de datarse hacia mediados del siglo IV a. de J.C. A una data algo más alta cabría llevar las urnas «a peine», igualmente decoradas con temas simples, halladas en el cementerio soriano de La Mercadera, teniendo en cuenta el panorama cronológico que ofrece el yacimiento, pues nada permiten decir las asociaciones³¹.

A la vista de este horizonte antiguo de cerámicas «a peine», se hace imprescindible examinar el problema del origen. En nuestra región ya aparecen cerámicas decoradas con esa técnica en los poblados calcolíticos³², pero evidentemente nada tienen que ver con las que comentamos. Más reciente en el tiempo, pero lejos en el espacio, las encontramos en el Bronce Medio, Final y Hallstatt antiguo de Francia³³ e incluso

²⁸ ARRIBAS, *et alii*, 1974, pp. 141 y 148.

²⁹ AUBET, 1975, pp. 139 y 153.

³⁰ CABRÉ AGUILÓ, 1932, p. 64, tumba 36, y CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN, y MOLINERO PÉREZ, 1950, p. 145, tumba 455.

³¹ TARACENA AGUIRRE, 1932, p. 26 y lám. XIII-13,40.

³² MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1976b, pp. 431-434, con referencias anteriores.

³³ GUILAINE, 1976, pp. 499, 487 y 736.

en alguna cueva catalana, donde se citan «cerámicas peinadas» atribuidas a los Campos de Urnas y con las que se ha insinuado cierto parentesco³⁴. Tal relación no puede establecerse, como tampoco —aunque sería más viable— con especies toscas peinadas de la primera Edad del Hierro navarra, como las procedentes del poblado de Sonsol³⁵, o incluso con las halladas en el castro del Zarranzano, en Soria, parecidas técnicamente a las navarras y fechadas en el siglo V a. de J.C.³⁶. La forma de hacer las impresiones a peine que comentamos es distinta, muy ligera, a veces casi imperceptible, lo que le da una fuerte personalidad, que permite diferenciarla fácilmente. Por otro lado, es indudable que aparece en ambientes de «facies Soto», como lo demuestra el ejemplo aducido del poblado del Picón de la Mora y también hubiera podido haberlo hecho pensar la aproximada coincidencia de la dispersión de yacimientos de ambos horizontes (fig. 3). En esta línea podemos sugerir un entronque con ciertas cerámicas de tipo Soto que ostentan rayados muy finos, formando triángulos, en vasitos de buenisimas pastas³⁷. Hacia el mundo de los Campos de Urnas también apunta la forma V (vaso de cuello cilíndrico) de F. Hernández, aunque tal relación es difícil de establecer por pertenecer ésta a un momento avanzado, ya que ostenta también oquedades; de todas maneras, el dato no puede precisarse más porque el único ejemplar sobre el que se basa la forma, procede de un enterramiento de La Osera sin ajuar³⁸. La misma dificultad, en otro sentido, presenta la forma II, variante primera (vaso troncocónico), que ha querido relacionarse con análogos recipientes de Cogotas I, pues, aunque éstos son tardíos³⁹, existe un lapso de tiempo muy grande entre los postreros momentos de esa cultura del Bronce Final y el horizonte que comentamos.

En consecuencia, tras la valoración de los hallazgos conocidos, podemos decir que desde mediados del siglo VI hasta mediados del IV a. de J.C. —nótese que se avanza ligeramente en los dos sentidos la cronolo-

gía que proponía Maluquer para Sanchorreja II— se desarrolla un horizonte antiguo de cerámicas «a peine», que entronca con los Campos de Urnas de la Meseta, «facies Soto de Medinilla». Tal continuidad, insistimos, se constata no sólo en la perduración de las fíbulas de doble resorte en el segundo momento del yacimiento abulense con respecto a un hipotético nivel anterior de Campos de Urnas, sino también en el poblado del Picón de la Mora, donde coexisten ambos mundos con predominio casi absoluto de materiales del más moderno. Las fíbulas de doble resorte, de puente filiforme, en Sanchorreja II y en el yacimiento salmantino aconsejan elevar ligeramente el comienzo del tránsito sobre la tradicional fecha de la mitad del milenio.

Lo poco que conocemos de las gentes de las cerámicas «a peine» antiguas permite afirmar que sus poblados no contaban con murallas, aunque se escogían a menudo lugares protegidos por la naturaleza. En cuanto a la arquitectura doméstica hay cierta diversidad en la que subyacen condicionamientos materiales y tradiciones culturales: si en las zonas más próximas al Sistema Central se alzan viviendas de piedra, de planta rectangular, en los llanos sedimentarios se sospecha la utilización del adobe y la planta circular, siguiendo la tradición del Soto de Medinilla. En este sentido cobra gran interés el yacimiento, en curso de excavación, de Medina del Campo, donde se ha exhumado una vivienda de tapial, de planta ya rectangular, que se data en un momento de transición Soto II/Cogotas IIa⁴⁰. Ni que decir tiene el interés que presenta este hallazgo, actualmente en estudio por sus descubridores, para la etapa que estamos bosquejando.

Bajo el punto de vista económico, la agricultura seguiría siendo preponderante en el centro de la cuenca y parece que ahora se adopta en los poblados serranos, pues en Sanchorreja II apareció trigo en abundancia⁴¹. La ganadería debió de mantenerse y la metalurgia del bronce se incrementaría notablemente, introduciéndose poco a poco la del hierro.

Todo este mundo, andando el tiempo, va a sufrir notables transformaciones, como pone de manifiesto el hecho de la construcción de la muralla de Sanchorreja. Tal acontecimiento tuvo lugar a causa «de una determinada circunstancia política y económica» del desarrollo de la segunda fase del castro⁴², es decir, entre el 500 y el 400 a. de J.C., pudiéndose incluso

³⁴ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, 1981, p. 324.

³⁵ CASTIELLA RODRÍGUEZ, 1977, pp. 23-39 y figs. 19-21.

³⁶ ROMERO CARNICERO, 1984c.

³⁷ Ultimado este trabajo, se comprueba definitivamente tal sugerencia, al aparecer entre el material del Cerro de San Vicente que estamos revisando, depositado en el Museo de Salamanca, vasos de tipo Soto decorados a peine en su interior. Incluimos alguna muestra en la fig. 1. Agradecemos al Dr. Santonja las facilidades que nos ha dado para el estudio de dichos materiales.

³⁸ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN y MOLINERO PÉREZ, 1950, p. 115, tumba 215.

³⁹ FERNÁNDEZ-POSSE, 1982, pp. 154-156.

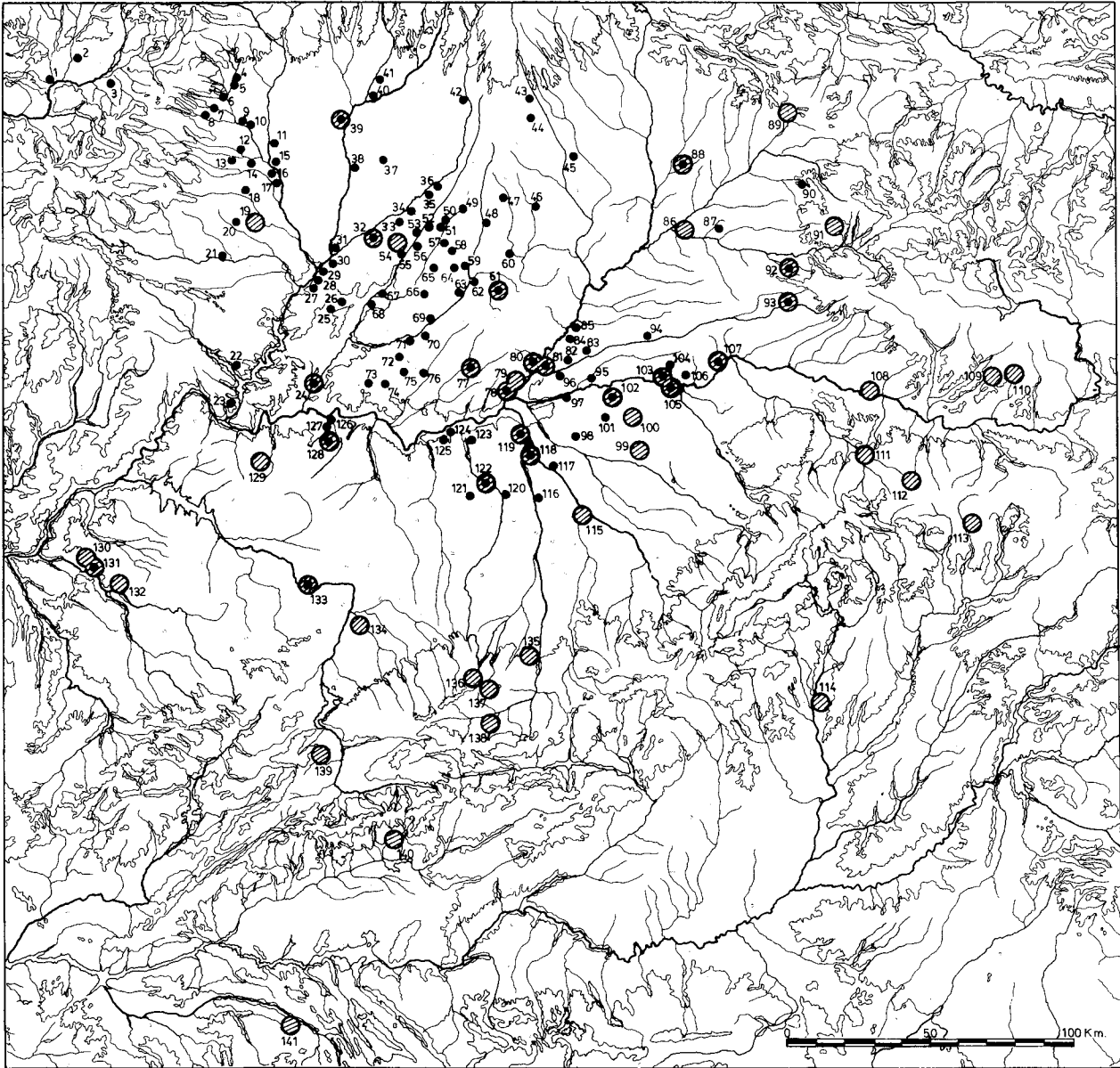
⁴⁰ La noticia en ROMERO CARNICERO, 1982.

⁴¹ MALUQUER DE MOTES, 1958, p. 99.

⁴² *Ibidem*, p. 34.

Figura 3. Dispersión de yacimientos con cerámicas «a peine» (⊗) y su relación con los de tipo Soto (●).

- | | | |
|----------------------------|-------------------------------------|-----------------------------------|
| 1. Parabela del Río | 48. Herrín de Campos | 95. Villabáñez |
| 2. Castro Ventosa | 49. Villacarralón | 96. Renedo |
| 3. Toral de Merayo | 50. Villanueva de la Condesa | 97. Tudela de Duero |
| 4. Revilla | 51. Gordaliza de la Loma | 98. Santiago del Arroyo |
| 5. Quintana de Fon | 52. Castroponce | 99. Cuéllar |
| 6. Sopena | 53. Becilla de Valderaduey | 100. Cogoces del Monte |
| 7. Castrillo de Polvozares | 54. Valdunquillo | 101. Montemayor de Pilnilla |
| 8. Pedredo | 55. Bolaños de Campos | 102. Santibáñez de Valcobra |
| 9. Barrientos | 56. Villavicencio de los Caballeros | 103. Pesquera de Duero |
| 10. Posadilla | 57. Villacid de Campos | 104. Piñel de Abajo |
| 11. Villazala del Páramo | 58. Cuenca de Campos | 105. Padilla de Duero |
| 12. Castrotierra | 59. Tamariz de Campos | 106. Curiel |
| 13. Posada y Torre | 60. Castromocho | 107. Roa |
| 14. Sacaajos | 61. Montealegre | 108. Langa de Duero |
| 15. Regueras de Arriba | 62. Villanueva de San Mancio | 109. La Mercadera |
| 16. San Martín de Torres | 63. Medina de Rioseco | 110. La Revilla |
| 17. San Juan de Torres | 64. Moral de la Reina | 111. Ayllón |
| 18. Castrocabón | 65. Aguilar de Campos | 112. Tiermes |
| 19. Arrabalde | 66. Villafrechós | 113. Altillo de Cerropozo |
| 20. San Pedro de la Viña | 67. Villalpando (San Mamés) | 114. Fuente el Saz |
| 21. Camarzana de Tera | 68. Villalpando (Las Arribaltas) | 115. Coca |
| 22. Carbajales de Alba | 69. Tordehumos | 116. Almenara de Adaja |
| 23. Ricobayo | 70. Villargarcía de Campos | 117. Alcazarén |
| 24. Molacillos | 71. Villanueva de los Caballeros | 118. Matapozuelos |
| 25. Villafáfila | 72. Castromembibre | 119. Valdestillas |
| 26. Revellinos | 73. Abezames | 120. Gomeznarro |
| 27. Bretó | 74. Pinilla de Toro | 121. El Campillo |
| 28. Barcial del Barco | 75. Tiedra | 122. Medina del Campo |
| 29. Castropepe | 76. Mota del Marqués | 123. Foncastín |
| 30. Castrogonzalo | 77. Torrelobatón | 124. Pollos (Calvillos) |
| 31. Fuentes de Ropel | 78. Simancas | 125. Pollos (Villar Pequeño) |
| 32. Valderas | 79. Arroyo | 126. Villalazán |
| 33. Castrobol | 80. Pago de Gorrita | 127. Madridanos |
| 34. Mayorga de Campos | 81. El Soto de Medinilla | 128. El Viso |
| 35. Melgar de Abajo | 82. Castronuevo de Esgueva | 129. La Tuda |
| 36. Melgar de Arriba | 83. Olmos de Esgueva | 130. Castro del Picón de la Mora |
| 37. Gusendo de los Oteros | 84. San Martín de Valvení | 131. Poblado del Picón de la Mora |
| 38. Valencia de Don Juan | 85. Valoria la Buena | 132. Yecla de Yeltes |
| 39. Ardón | 86. Palenzuela | 133. Salamanca |
| 40. Lancia | 87. Santa María del Campo | 134. Garcihernández |
| 41. Villafañe | 88. Castrojeriz | 135. Las Cogotas |
| 42. Santa María del Río | 89. Ubierna | 136. Chamartín de la Sierra |
| 43. Saldaña | 90. Los Ausines | 137. Sanchorreja |
| 44. Pedrosa de la Vega | 91. Lara de los Infantes | 138. Ulaca |
| 45. Carrión de los Condes | 92. Solarana | 139. Medinilla (Las Paredejas) |
| 46. Paredes de Nava | 93. Pinilla Trasmonte | 140. El Raso |
| 47. Cisneros | 94. Amusquillo | 141. La Coraja |



llevar un momento cercano a la última fecha citada. El dato es importantísimo porque cabe generalizarlo a otros castros de la región. Cuesta mucho creer en la no existencia de un proceso general de amurallamiento —aunque la causa que lo motiva permanezca, hoy por hoy, oscura— cuando, además, los hallazgos arqueológicos no lo contradicen.

Las características de la muralla de Sanchorreja —varios recintos, lienzos con entrantes y salientes, técnica constructiva a base de dos paramentos con relleno interior de piedras, callejones en embudo para las entradas— hacen que pueda ser relacionada, pese a su tosquedad aparente, con las de otros castros abulenses (Las Cogotas, primero y segundo recinto de La Mesa de Miranda), salmantinos (Yecla la Vieja, Las Merchanas, Saldeana, Bermellar, Gallegos de Argañán)⁴³ o zamoranos (Fariza)⁴⁴. Sin embargo, algunos de estos castros enriquecen su sistema defensivo con barreras de «piedras hincadas» y Sanchorreja no las tiene, pero el dato no es excesivamente significativo, ya que el tanto por ciento de castros que disponen de tal artilugio es bajo, habiendo bastantes más, sincrónicos y en la misma área, que parecen desconocerlo. Por otro lado, también algunos castros presentan paramentos internos en sus murallas, caso de Las Cogotas y La Mesa de Miranda⁴⁵, pero tal reforzamiento estructural tampoco se ha documentado en Sanchorreja, ya porque no existe, ya porque no se ha buscado. De todas maneras, en Yecla —castro con barrera de piedras hincadas y muralla con paramento interno— se constata cerámica «a peine» antigua⁴⁶ y en Las Cogotas ya hemos señalado fechas altas para productos análogos; ambos testimonios emparentan a estos yacimientos con Sanchorreja.

Se ha dicho que tanto la aparición de las cerámicas «a peine» en Sanchorreja, como la construcción de la muralla, se debieron a las influencias y prestigio del área celtibérica o protoceltibérica⁴⁷. Tal afirmación debe ser cuando menos matizada, sobre todo a la vista de la relativa antigüedad de las especies «a peine» en la zona suroccidental de la Meseta. Para la muralla, en cambio, hay que seguir considerando las fortificaciones de ciertos castros sorianos como posible precedente, dadas las similitudes constructivas y la mayor antigüedad de las segundas. Como ejemplos en este

sentido se pueden citar Castilfrío de la Sierra⁴⁸ y Valdeavellano de Tera⁴⁹, ambos con fuertes recintos —el segundo incluso con torreones semicirculares— y barreras de «piedras hincadas», que han de fecharse en los siglos VI-V a. de J.C., cronología admitida para la única ocupación constatada, que pertenece a la cultura de los Campos de Urnas tardíos de Soria. Otros castros con análogas fortificaciones, al tener ese mismo contexto arqueológico más una ocupación posterior, celtibérica, plantean problemas a la hora de atribuir la construcción de sus defensas, pero los dos ejemplos anteriores facilitan la decisión a tomar; tal ocurre en el también soriano de Tañine⁵⁰ o en el recientemente publicado de Castilviejo de Guijosa⁵¹, ya en la Meseta Sur, donde el conflicto se agrava, dada la existencia de lienzos angulosos que, por lo que sabemos de los castros del área que comentamos, deben llevarse a fechas más avanzadas, ya de plena Edad del Hierro.

Es posible, pues, pensar en una corriente de este a oeste para explicar la adopción estos sistemas defensivos en el occidente de la Meseta. Harbison propugló este camino al estudiar las «piedras hincadas»⁵². Sin embargo, tal vez fuera posible también que el amurallamiento de los castros hubiese sido un proceso general más o menos sincrónico en todas las áreas de la Meseta, pues las diferencias cronológicas no son tan grandes. Podría apoyar esta idea el hecho de que en el borde occidental —donde siempre se creyó que las «piedras hincadas» eran muy tardías y que llegaban por influjo de la «cultura celtibérica» a través del «círculo de los verracos»—⁵³ existan castros con murallas y «piedras hincadas», como los de Fradellos, Muga de Alba y Fresno de la Carballeda, en los que se atestiguan cerámicas de «tipo Soto», sugiriendo, según señala Esparza, la asociación de esta «facies» en esa zona a tales sistemas defensivos⁵⁴.

III. La transición al mundo celtibérico

Sea como fuere el proceso aludido, el hecho cierto es que a fines del siglo V a. de J.C. se producen cam-

⁴³ MARTÍN VALLS, 1971b.

⁴⁴ ESPARZA ARROYO, 1976, p. 153.

⁴⁵ SOUTOU, 1962, pp. 345-348.

⁴⁶ MARTÍN VALLS, 1973, p. 91, fig. 9 (parte inferior izquierda).

⁴⁷ MALUQUER DE MOTES, 1958, p. 99.

⁴⁸ TARACENA AGUIRRE, 1929, pp. 15-20.

⁴⁹ RUIZ ZAPATERO, 1977.

⁵⁰ TARACENA AGUIRRE, 1941, pp. 157-158.

⁵¹ BELÉN, BALBÍN y FERNÁNDEZ-MIRANDA, 1978.

⁵² HARBINSON, 1968, p. 147.

⁵³ ESPARZA ARROYO, 1983a, p. 109.

⁵⁴ ESPARZA ARROYO, 1983c. Estos yacimientos y otros con el mismo tipo de materiales, citados en este trabajo, no han podido ser incluidos en el mapa de la fig. 3.

bios transcendentales en el mundo de las cerámicas «a peine», como son: la fortificación de los poblados y la diversificación del material arqueológico. Estos cambios justifican hablar de una nueva etapa, de transición al mundo celtibérico, que en la Meseta Norte está definida por cuatro grupos, en otras tantas áreas.

1. En el borde noroeste de la región, en las provincias de León y Zamora, asistimos al desarrollo de un nutrido grupo de yacimientos, al que ya hemos aludido cuando señalábamos las prolongaciones de la «facies Soto de Medinilla». A partir de los datos obtenidos en Zamora⁵⁵, estamos ante establecimientos de carácter defensivo, generalmente amurallados, en los que se alzan cabañas de planta circular, realizadas en adobe o en piedra. De su economía, hay indicios de actividades agropecuarias, con mayor importancia de la ganadería, y minero-metalúrgicas, habiéndose llegado a sugerir en este último sentido, que desempeñaron un papel de abastecedor respecto a los poblados del centro de la cuenca del Duero, carentes de minerales metálicos.

Tales gentes portan cerámicas de «tipo Soto» y derivadas. Es más interesante, sin embargo, referirnos ahora a ciertos productos singulares. Por una parte, se registra la presencia de cerámicas estampilladas «antiguas», que denotan influjos del grupo de Cogotas II, pues ahora éste ha incorporado dicha técnica de ornamentación a sus vasos. Así, los fragmentos con decoración de patos-sogueados y círculos concéntricos de los castros de Fuentes de Ropel (Zamora) y Regueras de Arriba (León), que evidencian la proyección de la cultura meseteña hacia el mundo del Noroeste⁵⁶.

Por otra parte, el propio castro de la Dehesa de Morales, en Fuentes de Ropel, ha proporcionado otra muestra del papel de encrucijada cultural que desempeña esta zona: se trata de un fragmento de una *pelí-ke* ática de figuras rojas, datable en la primera mitad del siglo IV a. de J.C. —es decir, coetáneo de aquellos estampillados— y que a buen seguro ha llegado de Andalucía a través del camino natural que ya había servido para la arribada de elementos orientalizantes y por el que discurrirá más adelante la vía romana que comúnmente denominamos «Calzada de la Plata»⁵⁷.

2. Antiguas exploraciones efectuadas en el castro de Monte Bernorio y en la necrópolis de incineración de Miraveche permitieron atisbar la existencia de un grupo cultural que toma el nombre de estos dos yacimientos y que se desarrolla en las comarcas septentrionales de Palencia y Burgos. Pésimamente documentadas, depararon sin embargo objetos característicos, como las espadas de airosos gavilanes, llamadas de «tipo Miraveche», los puñales de «tipo Monte Bernorio», las placas de «tipo Bureba» y urnas de labio abierto y pie realzado, decoradas con incisiones, impresiones y relieves⁵⁸.

Las dudas que plantean los ajuares de las tumbas conservados en el Museo de Burgos —cuyas piezas metálicas dibujó Schüle— como auténticos conjuntos cerrados, no permiten extraer conclusiones fiables de asociaciones; sin embargo, sí cabe matizar la elevada cronología asignada por Schüle a algunos de esos elementos característicos. Así, aún admitiendo las relaciones formales establecidas por este investigador entre las espadas de Miraveche y ciertas armas de otros ámbitos peninsulares —espadas de Can Canyis, puñales de antenas gallegos⁵⁹—, la datación de las burgalesas en el siglo VI a. de J.C. es difícilmente aceptable, sobre todo teniendo en cuenta su presencia en la necrópolis de Palenzuela. En efecto, en ésta apareció un fragmento de espada —lamentablemente se trata de un hallazgo no controlado, anterior a nuestras excavaciones⁶⁰— cuya cronología no parece viable más allá del siglo IV en el que se sitúan las más antiguas tumbas conocidas. En el mismo cementerio palentino se halló también, formando parte del ajuar de una tumba y carente de asociaciones significativas, una placa de cinturón «tipo Bureba», por lo que cabría utilizar idéntica argumentación para estos broches. De todas maneras, la cronología de estas piezas es incierta: hace años, Wattenberg —que las consideraba broches de cincha de caballo— defendía dataciones excesivamente tardías, a fines del siglo III⁶¹, mientras que la última propuesta, de Cerdeño Serrano, aboga por encuadrarlas en la segunda mitad del siglo V⁶².

No cabe duda de que las urnas de Miraveche tienen aspecto arcaico, recordando por sus formas y decoración (triángulos rayados o incisiones verticales re-

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ ESPARZA ARROYO, 1983b, p. 92-93.

⁵⁷ MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1978b, p. 329.

⁵⁸ ABASOLO, 1974, pp. 45-47, con las referencias bibliográficas del yacimiento.

⁵⁹ SCHÜLE, 1969, pp. 107-108.

⁶⁰ CASTRO GARCÍA, 1971, p. 25, n.º 60 y láms. XVII y XXII.

⁶¹ WATTENBERG, 1957.

⁶² CERDEÑO SERRANO, 1978, pp. 283 y 285.

petidas) las cerámicas de los Campos de Urnas tardíos; sin embargo, en las publicaciones se dice que están elaboradas «a torno»⁶³, lo que no deja de sorprender. Wattenberg las fechaba entre el 320 y el 220 a. de J.C.⁶⁴, dentro de su organigrama general de datación para todas las cerámicas de la segunda Edad del Hierro, pero probablemente hay que pensar en fechas anteriores, acordes con lo dicho para las espadas y los broches.

3. La situación es particularmente compleja en el sector oriental de la Meseta o, dicho con mayor precisión, en la zona de Soria-Guadalajara, donde se conoce un nutrido grupo de cementerios en los que hace bastantes años se realizaron amplias excavaciones, no bien ejecutadas ni publicadas. En un intento de sistematización, Bosch-Gimpera las consideró posthallstáticas y situó su momento inicial en los siglos V-IV a de J.C.⁶⁵. Sin embargo, la revisión de los materiales metálicos, broches y fíbulas especialmente, ha dado pie a una datación mucho más alta, que obligaría a retrasar el arranque de estas necrópolis en dos siglos. En este sentido cabría citar un broche del cementerio de Almaluez del grupo de los «prototipos» de tipo céltico, que M.L. Cerdeño fecha a finales del siglo VII⁶⁶, aunque bien es verdad que la mayoría de las piezas de este yacimiento definen el momento de su mayor desarrollo en el siglo V⁶⁷. Otro dato parecido nos lo proporciona el hallazgo de una fíbula, de tipo acodado y pie en rollo, que se produjo en Alpasenque, pues pese a que este tipo se lleva al siglo VI, no puede descartarse su perduración por lo menos hasta mediados de la centuria siguiente⁶⁸. El precisar fechas, pues, es muy difícil, pero el hecho cierto es que las necrópolis sudorientales de la Meseta Norte forman un conjunto homogéneo con las de Guadalajara —numerosas publicaciones sobre éstas las están dando a conocer de manera fiable⁶⁹— constituyendo el grupo de Campos

de Urnas tardíos del Alto Jalón, bien diferenciado de las posteriores necrópolis estrictamente celtibéricas o presuntamente separado de las fases celtibéricas en ciertas necrópolis de aquel grupo que alcanzan momentos muy tardíos⁷⁰.

Pese a la dificultad de reconocer en las necrópolis la etapa que comentamos, salvo quizás en las de Osma y Gormaz⁷¹, existen ciertos castros, en zonas llanas, que le son atribuibles, caso de Los Castejones, en Calatañazor, defendido por una muralla con paramentos internos⁷², técnica análoga a la empleada en las fortificaciones de ciertos castros occidentales. Estos poblados proporcionan un tipo de cerámica muy característica —decorada con impresiones, incisiones y botones de cobre— uno de cuyos mejores exponentes son los fragmentos hallados en Numancia, que han merecido la atención de los investigadores, habiendo sido clasificados de manera diversa⁷³. Hoy F. Romero denomina a este mundo —que empieza a tener entidad gracias a sus trabajos— «protoarévaco», paralelizándolo, en cierta forma, con el «protovacceco» del valle medio del Pisuerga⁷⁴.

4. En las tierras suroccidentales y áreas colindantes al otro lado del Sistema Central se desarrolla ahora con fuerza la cultura de Cogotas II, —que sin duda corresponde a los vettones— proyectándose también, en cuanto a su cerámica característica se refiere, hacia el centro de la cuenca del Duero, donde recibe el nombre de mundo «protovacceco»⁷⁵.

Al comienzo de esta etapa, los castros se rodean de fuertes murallas —que delimitan un recinto o varios, en este último caso yuxtapuestos— y en función de ello debieron de sufrir reformas urbanísticas notables: en Las Cogotas, por ejemplo, cierto número de casas se disponen unas junto a otras, adosadas al paramento interior de la muralla, disposición que se constata también en poblados del oriente de la Meseta⁷⁶ y del valle del Ebro⁷⁷. La planta de las viviendas, en

⁶³ MARTÍNEZ BURGOS, 1941, p. 53; OSABA y RUIZ DE ERENCHUN, 1955, pp. 56-57.

⁶⁴ WATTENBERG, 1963, p. 34.

⁶⁵ BOSCH GIMPERA, 1932, pp. 576-579.

⁶⁶ CERDEÑO SERRANO, 1978, p. 283.

⁶⁷ DOMINGO VARONA, 1982, p. 268.

⁶⁸ CABRÉ DE MORÁN y MORÁN CABRÉ, 1977, p. 114.

⁶⁹ CUADRADO, 1968; CERDEÑO SERRANO, 1976; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1976; ARGENTE OLIVER, 1977; CERDEÑO SERRANO, 1977; REQUEJO OSORIO, 1978; CERDEÑO SERRANO, 1979; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1979; GARCÍA HUERTA, 1980; PAZ ESCRIBANO, 1980; CERDEÑO SERRANO, 1981; CERDEÑO, GARCÍA HUERTA y PAZ, 1981; FERNÁNDEZ-GALIANO, VALIENTE MALLA y PÉREZ HERRERO, 1982.

⁷⁰ La necrópolis de Valdenovillos parece llegar al siglo III (CERDEÑO SERRANO, 1976, p. 23) y la de El Atance hasta los comienzos del siglo II (PAZ ESCRIBANO, 1980, p. 57).

⁷¹ BOSCH GIMPERA, 1921-26.

⁷² TARACENA AGUIRRE, 1926, p. 19.

⁷³ ALMAGRO, 1939, pp. 147-148; TARACENA AGUIRRE, 1941, pp. 69-70; WATTENBERG, 1963, pp. 33 y 37-38; MOLINA y ARTEAGA, 1976, pp. 209-210.

⁷⁴ ROMERO CARNICERO, 1984a.

⁷⁵ PALOL y WATTENBERG, 1974, pp. 35-36 y 194.

⁷⁶ TARACENA AGUIRRE, 1954, p. 230.

⁷⁷ BALIL, 1970, p. 306.

cambio, no sufre variaciones, sigue siendo rectangular; sin embargo, parecen surgir ahora ciertas construcciones a cielo abierto, cuyo carácter de santuario no ofrece dudas.

Hay indicios de estas «áreas cultuales» en varios castros de la región, distinguiéndose sobre todo por la presencia de grandes rocas graníticas con oquedades. Su examen ha de hacerse con prudencia —las publicadas de Las Cogotas no tienen tal carácter⁷⁸— para evitar confusiones. El ejemplo más significativo de estos santuarios, no sólo por su monumentalidad, sino también por su fácil encuadre cronológico, se encuentra en el castro abulense de Ulaca⁷⁹, que puede tomarse como base para interpretar todos los demás.

Se trata de una gran estancia casi rectangular, tallada en granito, en uno de cuyos ángulos se levanta una gran peña, labrada en parte, en la que una doble escalera, arrancando a diferente altura del suelo, desemboca en una plataforma, donde existen dos cavidades de forma más o menos circular y comunicadas entre sí; la más occidental de ellas vertía a una tercera, y ésta a su vez tiene un canal por donde los líquidos se deslizarían peña abajo. El monumento en sí no ofrece indicios cronológicos; sin embargo, ha de encuadrarse dentro del periodo en el que estuvo habitado el castro, es decir, desde los inicios de la segunda Edad del Hierro hasta el comienzo de la romanización.

El destino cultual de estos monumentos —que no conviene confundir con rocas que presentan cavidades análogas, habituales en el occidente de la Península y cuya interpretación es diversa⁸⁰— está apoyado en una serie de datos, que creemos concluyentes. Tal es el proporcionado por el santuario portugués de Panoias, donde en las paredes verticales de varias peñas, cuya parte superior ha sido allanada para abrir diversas cavidades e incluso en algunas se han tallado escaleras, figuran inscripciones latinas, que nos informan con cierto detalle sobre las ceremonias, consistentes en sacrificios de sangre, que se desarrollaban en el lugar⁸¹. Otro testimonio análogo nos lo brinda la peña de Mougás, en Galicia, que en realidad es un gran bloque de granito, en el que se abrió una cavidad y se grabó un epígrafe latino que nuevamente alude

⁷⁸ SOUTOU, 1963. Las oquedades que se citan son producto de la erosión natural.

⁷⁹ POSAC y MON, 1953, pp. 66-67; GÓMEZ-MORENO, 1983, pp. 21-22.

⁸⁰ LÓPEZ CUEVILLAS y LORENZO FERNÁNDEZ, 1952, pp. 46-47.

⁸¹ BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, 1962, pp. 180-184, donde se reúne toda la bibliografía anterior.

a sacrificios⁸². Cabría añadir también en este sentido, el célebre texto lusitano de Cabeço das Fraguas cerca de Guarda, escrito en latín y grabado en una roca sin oquedades, que menciona una serie de animales que se ofrecen a una serie de divinidades indígenas⁸³. Todas estas inscripciones, lógicamente, se refieren a unos hechos que se producían en plena época romana; sin embargo, la similitud de los monumentos en que están grabadas con los que carecen de ellas y están en ambientes castreños —caso del de Ulaca—, así como las divinidades indígenas que figuran en algunos epígrafes —en Panoias se mencionan las deidades de los Lapiteas— hacen pensar en un origen evidentemente anterior, que se remontaría, sin duda alguna, a la etapa que nos ocupa.

Por otro lado, se podrían mencionar en apoyo de todo lo anterior algunos testimonios literarios y ciertos bronce votivos. Entre los primeros cabe citar los detalles, no exentos de realismo, que nos trasmite Estrabón (III,3, 6-7) acerca de los sacrificios, humanos y de animales, que practicaban los lusitanos y la apenas valorada referencia de Plutarco (*Quaest. Rom.*, 83) sobre los sacrificios humanos que hacían los *bletonenses*, habitantes de *Bletisama* (Ledesma), allá por los años 96-94 a. de J.C., práctica que, como prueba el mismo texto, es muy anterior. Con respecto a los bronce votivos, recordar simplemente que un grupo de ellos, cuyo máximo exponente es el de Costa Figueira, representan escenas de sacrificios de animales⁸⁴.

Otra novedad arqueológica que surge ahora en el ámbito de Cogotas II, son las esculturas zoomorfas, conocidas en general con el nombre de «verracos». Se trata de representaciones de toros y cerdos, cuya área de dispersión coincide aproximadamente con el territorio de los vettones históricos, aunque con una prolongación significativa en la provincia portuguesa de Trás-os-Montes, precisamente donde se encuentra el santuario de Panoias, que hemos mencionado anteriormente. Tal dispersión, si se tiene en cuenta las diferencias cronológicas que separan unos ejemplares de otros —muchos de ellos son con seguridad de época romana— puede ser engañosa, por lo que ha de ser tomada con prudencia a la hora de extraer consecuencias para la etapa que nos ocupa. De todas maneras, aunque no es el momento de plantear toda la proble-

⁸² LÓPEZ CUEVILLAS y LORENZO FERNÁNDEZ, 1952, pp. 11-12.

⁸³ TOVAR, 1966-67.

⁸⁴ CARDOZO, 1946; MALUQUER DE MOTES, 1952.

mática que sugieren, sí queremos aludir de manera breve al aspecto cronológico y al de su finalidad.

Desde siempre se ha buscado su origen en la rica escultura animalística meridional, por lo que las fechas que nos proporcionan los yacimientos del sur —entre ellos Pozo Moro⁸⁵— nos darían una data *post quem*, en torno al 500 a.de J.C., para las esculturas meseteñas; esta fecha sin excesivos inconvenientes podría ser avanzada en poco más de un siglo, si valoramos la ausencia de verracos en Sanchorreja, dato aunque negativo, relativamente firme, sobre todo teniendo en cuenta la intensidad de las excavaciones realizadas en este castro abulense. Por lo tanto, las esculturas zoomorfas de los castros que no alcanzaron la romanización —Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca, etc.— se podrían fechar desde los inicios del siglo IV hasta la destrucción o abandono de esos poblados, que no se produce a consecuencia de la campaña anibálica, como pensó Cabré⁸⁶, sino más bien a causa de las guerras que provoca la conquista romana, sobre todo a lo largo del siglo II a. de J.C.

Frente a estos «verracos antiguos», existen otros, tal vez los más numerosos, que son sin lugar a dudas de época romana. Lo sabemos —prescindiendo de los que portan inscripciones latinas y que se podría sugerir, aunque no lo creemos, que fuesen reaprovechados— por los hallazgos de Martiherrero, donde varios «verracos» se encontraron *in situ*, formando parte de monumentos funerarios y perfectamente fechados entre los siglos II-III de J.C.⁸⁷ Esta cronología tan tardía y la propia finalidad funeraria de estas esculturas hace muy difícil establecer una conexión lógica entre dichos ejemplares y los prerromanos.

La finalidad de los «verracos antiguos», algunos de los cuales tipificamos en otro lugar⁸⁸, ha de resolverse tomando como base los hallazgos *in situ*. Sería lógico pensar, teniendo en cuenta el origen meridional aludido, en una finalidad funeraria, pero el hallazgo de Las Cogotas, que se produjo a 250 m. de la necrópolis del castro, lo dificulta; en cambio su localización precisa en las inmediaciones de la puerta del segundo recinto, que debió servir como encerradero de ganado, permitió a Cabre señalar que se trataba de representaciones mágicas para proteger los rebaños⁸⁹. Por otro lado, los lugares de hallazgo de los cinco ejempla-

res de Chamartín de la Sierra, más o menos cercanos a la necrópolis⁹⁰, no apoyan decisivamente su vinculación con el cementerio, ya que parte de su zona VI es fosilizada por el tercer recinto, que sería, precisamente, el encerradero de ganado. Por último, es muy difícil valorar para la etapa que estamos analizando el hallazgo transmontano de Picote —un «verraco» colocado en el centro de una cámara circular, a la que se llegaba a través de un corredor— puesto que entre el material arqueológico que se exhumó apareció un pequeño bronce romano del Bajo Imperio⁹¹.

El material arqueológico de este momento es ingente, ya que no procede sólo de lugares de habitación, sino también de vastísimos cementerios —en el periodo anterior aún desconocidos, de ahí lo importante que sería el descubrimiento del de Sanchorreja— cuya excavación ha proporcionado centenares de enterramientos, algunos de ellos con ricos ajuares.

La cerámica más significativa, es decir, la que presenta decoración, se diversifica ahora notablemente: por una parte, las especies «a peine» se hacen muy barrocas —temas de cestería y entorchados— incorporando otros motivos, como oquedades, acanaladuras, protuberancias, gallones, soles, etc., que, a veces, son también exclusivos en la decoración de los vasos; por otra, parecen surgir ahora en el mundo de Cogotas II las cerámicas estampilladas con temas «antiguos», patos y círculos concéntricos, de abolengo hallstático y empleados en el momento final de Cogotas I en este mismo sector de la Meseta⁹².

En el primer grupo los tipos ornamentales son imposibles de seriar, no sólo porque se entremezclan un tanto arbitrariamente, sino también por falta de estratigrafías significativas; sin embargo, un hecho parece claro: su posterioridad a las cerámicas «a peine» decoradas con motivos muy simples, como pone de manifiesto la ausencia de aquéllos en Sanchorreja. Este cambio también parece comprobarse en la necrópolis de Las Cogotas, donde frente a 24 vasos decorados con temas simples «a peine», figuran ya 69 con los demás motivos señalados y de éstos sólo 29 con cestería⁹³.

Otro dato interesante, bajo el punto de vista cronológico, nos lo proporciona la necrópolis de La Osera. Tan solo una de las zonas de la misma, la sexta, ha sido publicada; sin embargo, el hecho de que parte

⁸⁵ ALMAGRO GORBEA, 1978, pp. 228-232.

⁸⁶ CABRÉ AGUILÓ, 1930, p. 111.

⁸⁷ MARTÍN VALLS y PÉREZ HERRERO, 1976, p. 78.

⁸⁸ MARTÍN VALLS, 1974, pp. 70-74.

⁸⁹ CABRÉ AGUILÓ, 1930, pp. 39-40.

⁹⁰ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN y MOLINERO PÉREZ, 1950, pp. 33-34.

⁹¹ SANTOS JUNIOR, 1975, pp. 76-90.

⁹² MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1976a, pp. 14-15.

⁹³ CABRÉ AGUILÓ, 1932, pp. 18-20 y láms. correspondientes.

de sus tumbas se encuentren bajo la muralla del tercer recinto del castro de La Mesa de Miranda nos indica claramente que los objetos encontrados en ellas han de ser anteriores a la construcción de la muralla y, por ende, cuando menos, a parte del material de las otras zonas, si es que todas ellas se usaron simultáneamente. Las decoraciones de las urnas de la zona VI son: peinadas unas 53, con oquedades y acanaladuras unas 17, con mamelones y gallones 12, igual número con incisiones, más de 20 con estampillados y 7 pintadas⁹⁴. Nos parece del todo evidente que cuando se construye la muralla, creemos que a causa de la campaña de Postumio, esta zona de la necrópolis debía de estar en desuso, por lo que la cerámica mejor representada —53 vasos decorados con peine— teniendo en cuenta además que aparece en los niveles más profundos del túmulo E, debió de ser de las primeras en usarse, hecho que es apoyado también por los datos que nos proporciona Sanchorreja. En todo caso, la fecha de la construcción de la muralla del tercer recinto nos daría en cierta manera una data *ante quem* para las cerámicas antedichas, con todo lo problemática que ella fuese.

Por otra parte, la estratigrafía que practicó F. Wattenberg en la parte celtibérica del Soto de Medinilla nos proporciona el dato de que sólo se encontraban cerámicas «a peine», aunque ya mezcladas esta técnica con acanaladuras, en el estrato inferior del nivel más profundo (nivel III, piso rojizo IV y estrato inferior último), cuya cronología, según el citado investigador, va del 320 al 179, esta última fecha coincidente con la campaña de Postumio⁹⁵. No se nos escapa lo problemático de estas fechas tan concretas; sin embargo, dos hechos están muy claros: en los niveles superiores no se encuentra ya cerámica peinada y en el inferior ésta incorpora también otros temas decorativos. Estamos, pues, en el último momento de estos tipos cerámicos.

Finalmente, creemos muy importante referirnos al escasísimo material importado, porque nos da fechas fiables para ciertos ajuares funerarios, en su condición de conjuntos cerrados. Se puede citar en este sentido la tumba 338 de la necrópolis de La Osera, que contenía una urna a torno, un cuenco hemiesférico decorado a peine, una placa de revestimiento de una espada de antenas y un «tarrito campaniense»⁹⁶. La última pieza es un plato de la forma 25, cuya cro-

nología siguiendo a Morel, ha de llevarse al siglo III a. de J.C.⁹⁷, data que, sin dudas razonables, puede aplicarse al enterramiento. Menos fuerza tiene como índice cronológico, al ser pieza hallada en zona removida de la necrópolis vallisoletana de Padilla de Duero, un pequeño fragmento de cerámica ática de barniz negro⁹⁸; sin embargo, sugiere una fecha dentro del siglo IV a. de J.C. para cerámica «a peine» y puñales de «tipo Monte Bernorio» encontrados en el yacimiento⁹⁹.

El segundo grupo de cerámicas lo formaban las especies estampilladas con temas «antiguos». Para ellas apenas tenemos referencias cronológicas, salvo las que nos proporcionan los yacimientos vallisoletanos de El Soto de Medinilla y Simancas. En el primero se sitúan en los momentos iniciales del nivel celtibérico más profundo, fechado, como hemos visto, entre el 320 y el 179 a. de J.C. —lo cual no quiere decir que en principio no sean algo anteriores—, y en el segundo se encuentran estratificadas abundantemente en los estratos inferiores junto con escasos fragmentos de cerámica pintada, hecha a torno, la cual va proliferando a medida que se pasa a los estratos superiores, desapareciendo completamente la estampillada¹⁰⁰. Por otro lado, es evidente que estos estampillados son anteriores a los «modernos», cuya temática —a base de aspás, círculos, series de EEE o MMM y sobre todo SSS, que han de interpretarse como representaciones ornitomorfos estilizados— ya predomina en cerámicas torneadas e incluso alterna con la decoración pintada en vasos de estirpe celtibérica¹⁰¹. Como punto de referencia de todo ello, cabría mencionar hallazgos de cerámica ibérica decorada con anchas bandas rojas alternando con aspás estampilladas, que se fechan con cierta seguridad en el yacimiento conquense de Barchin del Hoyo entre finales del siglo IV y finales del III¹⁰², dataciones lógicamente más antiguas que las nuestras.

Los objetos metálicos, a la hora de establecer su seriación cronológica, plantean problemas prácticamente insolubles en el estadio actual de la investigación. La causa estriba en la larga perduración de las piezas. Tras el estudio de las asociaciones de los objetos de

⁹⁷ MOREL, 1981, p. 213 (tipo 2733c).

⁹⁸ Procede de las excavaciones llevadas a cabo en 1979 por el que suscribe, en colaboración con T. Mañanes.

⁹⁹ MAÑANES y MADRAZO, 1978.

¹⁰⁰ WATTENBERG, 1978, pp. 190-191.

¹⁰¹ CABRÉ AGUILÓ, 1930, pp. 64-65 y 73.

¹⁰² SIERRA DELAGE, 1981, pp. 251 y 290-291. Compárense los estampillados del vaso de la p. 251 con los de ciertos vasos fabricados en el castro de Las Cogotas (CABRÉ AGUILÓ, 1930, láms. XLIX, 22 y LI, LII), pues son análogos.

⁹⁴ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN y MOLINERO PÉREZ, 1950, p. 169.

⁹⁵ WATTENBERG, 1959, pp. 178 y 206.

⁹⁶ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN y MOLINERO PÉREZ, 1950, pp. 128-129.

metal en las necrópolis mejor conocidas —Las Cogotas y La Osera— el resultado es decepcionante; sin embargo, cabe hacer algunas consideraciones.

No cabe duda que el arma más aparatosa, aunque no la más abundante, es la espada de antenas. Su representación en la necrópolis de Las Cogotas es muy escasa, pero es interesante señalar que comúnmente se asocia en los ajuares con urnas a mano y a torno, de barro negro y formas elementales —hemisféricas con borde vuelto y ovoides— y sólo en un caso con una urna a torno de barro rojo¹⁰³. En La Osera la situación es parecida, aunque la mayor riqueza de este cementerio proporciona datos más esclarecedores. Aquí, las espadas conviven con las cerámicas a peine, mezclado ya con acanaladuras y oquedades¹⁰⁴, y forman parte también de ajuares en los que aparece cerámica campaniense —la forma 25 que, como hemos visto, puede llevarse al siglo III a. de J.C.— e incluso cerámica gris¹⁰⁵, a la que apenas se ha prestado atención, cuando puede presentar un interés cronológico notable. En este sentido cabe citar el plato gris de la tumba 417, que podría paralelizarse con formas análogas de la necrópolis de Las Madrigueras¹⁰⁶ y por tanto llevarlo a la primera mitad del siglo IV. Todo ello supone que las espadas de antenas en el occidente de la Meseta podrían encuadrarse en dicha centuria e incluso haber perdurado en la siguiente, pese tal vez a la excesiva modernidad de esta segunda fecha.

También en ambos cementerios abulenses menudean los puñales de «tipo Monte Bernorio», que mencionamos como característicos de la facies Miraveche-Monte Bernorio, en tierras burgalesas y palentinas. Su evolución tipológica fue establecida por Cabré hace años¹⁰⁷ y, hoy por hoy, sigue teniendo vigencia en el plano teórico; incluso no puede ponerse en duda la modernidad de los ejemplares con empuñadura de frontón y doble globular, frente a los de pomo y guarda naviformes y pomo con dos discos. Las asociaciones en Las Cogotas y La Osera delatan su contemporaneidad con la cerámica a torno, en mayor medida que las espadas, pudiéndose observar que una pieza con pomo de dos discos aparece en la tumba 1.304 del primero de los dos cementerios junto a un vaso ovoide

con baquetones, borde vuelto y pie realzado, ya inequívocamente celtibérico¹⁰⁸. De todas maneras, no cabe olvidar que en la tumba 55 de la zona VI de La Osera un ejemplar indeterminado se encontró junto a fragmentos cerámicos decorados a peine, uno de ellos además con gallón y oquedad¹⁰⁹, y que en la 201, situada entre las zonas I y II, apareció una vaina de cuatro discos en la contera, presumiblemente de un puñal con pomo y guarda naviforme, acompañada de una espada de La Tène I¹¹⁰, pieza esta última cuya cronología puede remontarse al siglo IV, aunque perdurase a comienzos de la centuria siguiente.

Al contrario de lo que sucede con las armas, el número de fíbulas que procede de los dos yacimientos abulenses tantas veces citados es muy grande y no es nada fácil establecer cuáles son los tipos correspondientes al momento de transición al mundo celtibérico. Sin embargo, cabe señalar, a través de las asociaciones con las cerámicas a peine, que éstas serían algunas de las anulares hispánicas y las que responden al esquema de La Tène I. Así, en las tumbas 436 y 466 de La Osera aparecen sendas fíbulas anulares, de dorso hundido¹¹¹ y de puente ondulado¹¹², asociadas respectivamente a un cuenco con decoración a peine, acanaladuras y oquedades, y a un vaso con tres bandas de dobles líneas inclinadas, en forma de eses, entre paralelas, perfectamente asimilables a las típicas decoraciones peñadas. En cuanto a las de esquema de La Tène, las encontramos en las tumbas 904 y 361 de Las Cogotas; la primera, de bronce, junto a un vaso con tema de cestería¹¹³, y la segunda, de hierro, acompañando a un recipiente con decoración de líneas ondulantes entrecruzadas¹¹⁴. Atendiendo a la clasificación moderna de todas ellas —y soslayando los problemas que plantean dichas clasificaciones— se podrían situar entre la cuarta y la tercera centuria. Otro tanto cabría decir de la fíbula hallstática de puente romboidal aparecida en la tumba 455 de La Osera, en este caso acom-

¹⁰⁸ CABRÉ AGUILÓ, 1932, lám. LXXII.

¹⁰⁹ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN y MOLINERO PÉREZ, 1950, p. 91.

¹¹⁰ CABRÉ AGUILÓ y CABRÉ HERREROS, 1933, pp. 39-43.

¹¹¹ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN Y MOLINERO PÉREZ, 1950, pp. 142-143; CUADRADO, 1957, pp. 40 y 58-59.

¹¹² CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN y MOLINERO PÉREZ, 1950, p. 148; CABRÉ DE MORÁN y MORÁN CABRÉ, 1977, pp. 134 y 136.

¹¹³ CABRÉ AGUILÓ, 1932, p. 101; CABRÉ DE MORÁN y MORÁN CABRÉ, 1982, p. 16.

¹¹⁴ CABRÉ AGUILÓ, 1932, p. 64; CABRÉ DE MORÁN y MORÁN CABRÉ, 1982, p. 10.

¹⁰³ CABRÉ AGUILÓ, 1932, tumbas n^{os} 126, 242, 270, 276, 513, 1.066 y 1.402.

¹⁰⁴ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN y MOLINERO PÉREZ, 1950, tumba n^o 200.

¹⁰⁵ *Ibidem*, tumbas n^{os} 138, 338 y 417, respectivamente.

¹⁰⁶ ALMAGRO GORBEA, 1969, p. 132 y tabla X,7.

¹⁰⁷ CABRÉ AGUILÓ, 1931.

pañada de un cuenco decorado con temas sencillos a peine y, sorprendentemente, de un vaso a torno¹¹⁵. De todas maneras, las dificultades que existen para la fijación cronológica se pondrían más de manifiesto si tenemos en cuenta que un ejemplar con esquema de La Tène, que tipológicamente debería situarse entre los siglos III-II, aparece asociado en la tumba 965 de Las Cogotas a un vaso torneado, con asa diametral¹¹⁶, cuyos antecedentes ibéricos en cuanto a la forma son indudables, pero que en la Meseta reclama, por lo que sabemos hasta ahora, una cronología muy tardía, ya dentro del siglo I¹¹⁷.

Después de haber analizado a grandes rasgos la problemática arqueológica de la cultura de Cogotas II, es tentador, tomando como base los ajuares de las tumbas de las necrópolis de Las Cogotas y La Osera, esbozar unas consideraciones sociológicas. Tal empeño, que no es viable en ninguno de los otros cementerios meseteños de la Edad del Hierro por falta de datos suficientemente numerosos y por supuesto tampoco utilizando las fuentes literarias —éstas señalan solamente la existencia de jefes o esclavos¹¹⁸—, nos lo planteamos hace más de tres lustros y sus resultados¹¹⁹, con todas las reservas que se quiera y de manera esquemática¹²⁰, creemos interesante incluirlos aquí.

En el primero de los cementerios citados, el único que ha sido excavado y publicado íntegramente, contamos con 1.613 tumbas, repartidas en cuatro zonas y un pequeño foco aislado, que arrojan, respecti-

vamente, las cifras de 510, 306, 352, 442 y 3. De la totalidad, sólo pueden tomarse en cuenta 1.447 —dado que las restantes carecen de inventarios— y lo que más sorprende, en una primera apreciación, es el escaso número de tumbas con ajuar, que asciende solamente a 224, es decir, un 15,48%. El estudio sistemático de los ajuares permitiría establecer las siguientes categorías:

I. Ajuares de guerreros: Todos se caracterizan por la existencia de armas, aunque pueden ser más o menos completos. Alcanzan un 18,30% de las tumbas que tienen ajuar y un 2,83% del total de enterramientos. Pueden establecerse cuatro categorías, atendiendo a la mayor o menor riqueza.

1. Ajuares suntuarios de guerreros cuyas armas o demás objetos presentan nielados de plata. Únicamente alcanzan un 17,07% del total de las tumbas de guerreros, el 3,12 de las que tienen ajuar y el 0,48 del total de enterramientos de la necrópolis. Sorprende el que estas armas con nielados no estén acompañadas por arreos de caballo, elemento que consideramos significativo para el segundo grupo.

2. Ajuares con arreos de caballo: La presencia de arreos de caballo es un buen elemento diferenciador y se acompaña por el resto de las armas normalmente en uso, como la lanza, el puñal y el escudo, exceptuándose la espada, la cual no aparece más que en un caso. Constituyen un 19,51% de las tumbas de guerreros, un 3,57 de las que tienen ajuar y un 0,62 del total de enterramientos.

3. Ajuares completos, que habitualmente están formados por los siguientes elementos: lanza, cuchillo, puñal, tahalí y escudo. Significativamente la mayor parte de las veces no tienen espada y nunca arreos de caballo. Los tantos por ciento son respectivamente: 26,82, 4,89 y 0,76.

4. Este grupo lo forman los ajuares que tienen uno o dos elementos, entre los cuales no se encuentran los significativos que nos sirven para la identificación de los precedentes. Normalmente están integrados por lanza, cuchillo o navaja. Los tantos por ciento son respectivamente: 36,58, 6,69 y 1,03.

II. Ajuares probablemente de artesanos: Como elemento diferenciador hay que citar el punzón, que a veces aparece en tumbas de guerrero y sólo excepcionalmente en una tumba que creemos femenina. Los tantos por ciento con relación a las tumbas que tienen ajuar y con el total de enterramientos son respectivamente: 4,91 y 0,76.

Es interesante destacar la presencia de una hoz en una de las tumbas, fácilmente relacionable con pie-

¹¹⁵ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN y MOLINERO PÉREZ, 1950, p. 145; CUADRADO, 1957, p. 56.

¹¹⁶ CABRÉ AGUILÓ, 1932, p. 105; CABRÉ DE MORÁN y MORÁN CABRÉ, 1982, p. 18.

¹¹⁷ WATTENBERG GARCÍA, 1978, pp. 36-37.

¹¹⁸ Recuérdese a este respecto, por una parte, que los lusitanos mandados por Púnico y Cesaro, y acompañados por los vettones, luchan contra los romanos en el 155-154 a. de J.C. (Apiano, *Iber.*, 56-57); por otra, que con motivo de la campaña anibálica del 220 a. de J.C. se citan esclavos en Salmantica (Plutarco, *Virt. Mul.*, 248 e; Polieno, VII, 48). La existencia de esclavos es muy difícil de probar arqueológicamente, pues no podemos saber si se les prestaría atención alguna después de la muerte y, por tanto, si algunos enterramientos sin ajuar les pertenecerían.

¹¹⁹ MARTÍN VALLS, 1971b, pp. 444-460.

¹²⁰ Las reservas son sobre todo relativas a la representatividad de las tumbas excavadas. Por una parte, cabe pensar que no contamos, ni mucho menos, con la totalidad de los enterramientos llevados a cabo, bien porque fuesen destruidos en época antigua al practicarse otros —lo que es habitual—, bien porque desaparecieron a lo largo del tiempo. Además, es muy posible que no todos los habitantes del poblado fuesen enterrados, debido a causas que apenas podemos intuir.

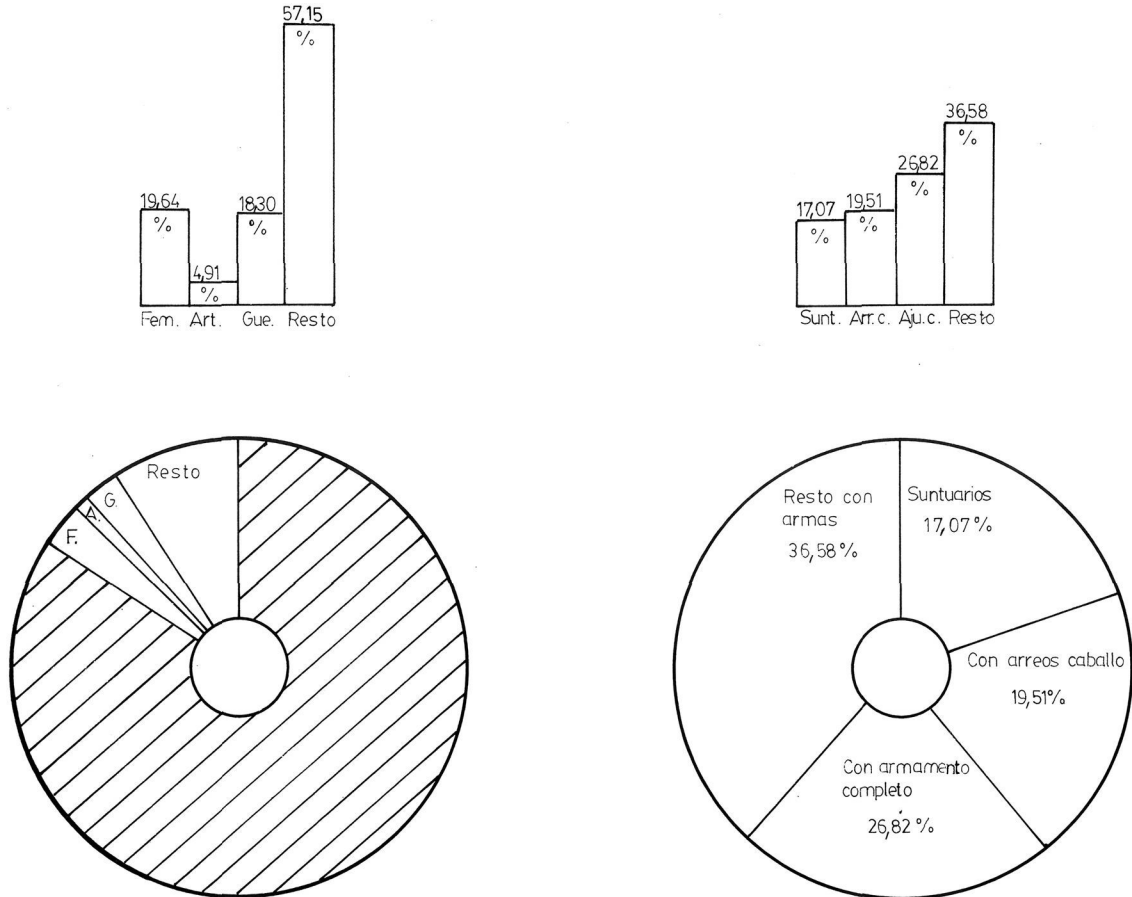


Figura 4. Distribución de los ajuares de la necrópolis de Las Cogotas.

zas análogas y granos de trigo calcinado procedentes del castro.

III. Ajuares probablemente femeninos: El elemento distintivo son las fusayolas, que, salvo contados casos, constituyen el único objeto del ajuar. Algunas veces van acompañadas de canicas y sólo excepcionalmente de objetos de metal, como una sortija o una fíbula. Los tanto por ciento son 19,64 sobre las tumbas que tienen ajuar y 3,04 sobre el total de enterramientos.

Existen otros ajuares que creemos femeninos y carecen de fusayolas, lo cual no deja de tener un gran interés. Son muy pocos y están constituidos por una fíbula y un collar o una fíbula y una sortija. Se trata, claro está, de objetos de adorno.

IV. El resto de los ajuares o son excepcionales —como el atribuido a una niña, por estar compuesto por objetos en miniatura— o no permiten ninguna consideración, al estar integrados por vasos de ofrendas, una fíbula únicamente, una anilla o simples fragmentos de hierro inclasificables.

Si pasamos al vecino cementerio de La Osera, nos encontramos con un total de 2.230 sepulturas divididas en seis zonas, que arrojan las siguientes cantidades: 260, 174, 231, 231, 800 y 517; sin sumar algunas que se hallaron en excavaciones clandestinas. Desgraciadamente para nuestro propósito sólo podemos servirnos de la zona VI, la única publicada, que no parece excesivamente representativa a la vista de la riqueza general de los ajuares y de su número, pues tén-gase en cuenta que de un total de 517 tumbas tienen ajuar 250, lo que supone un 48,35%, cantidad muy superior a la que veíamos en Las Cogotas. Sin embargo, si consideramos únicamente las tumbas con ajuar comprobaremos que se confirman en líneas generales las tendencias apuntadas en el primer cementerio, es decir, los cuatro agrupamientos fundamentales.

I. Los ajuares de guerreros, reconocibles por la existencia de armas, constituyen el 26,00% de las tumbas con ajuar y el 12,57% con respecto al número total de enterramientos de la zona sexta. Las categorías

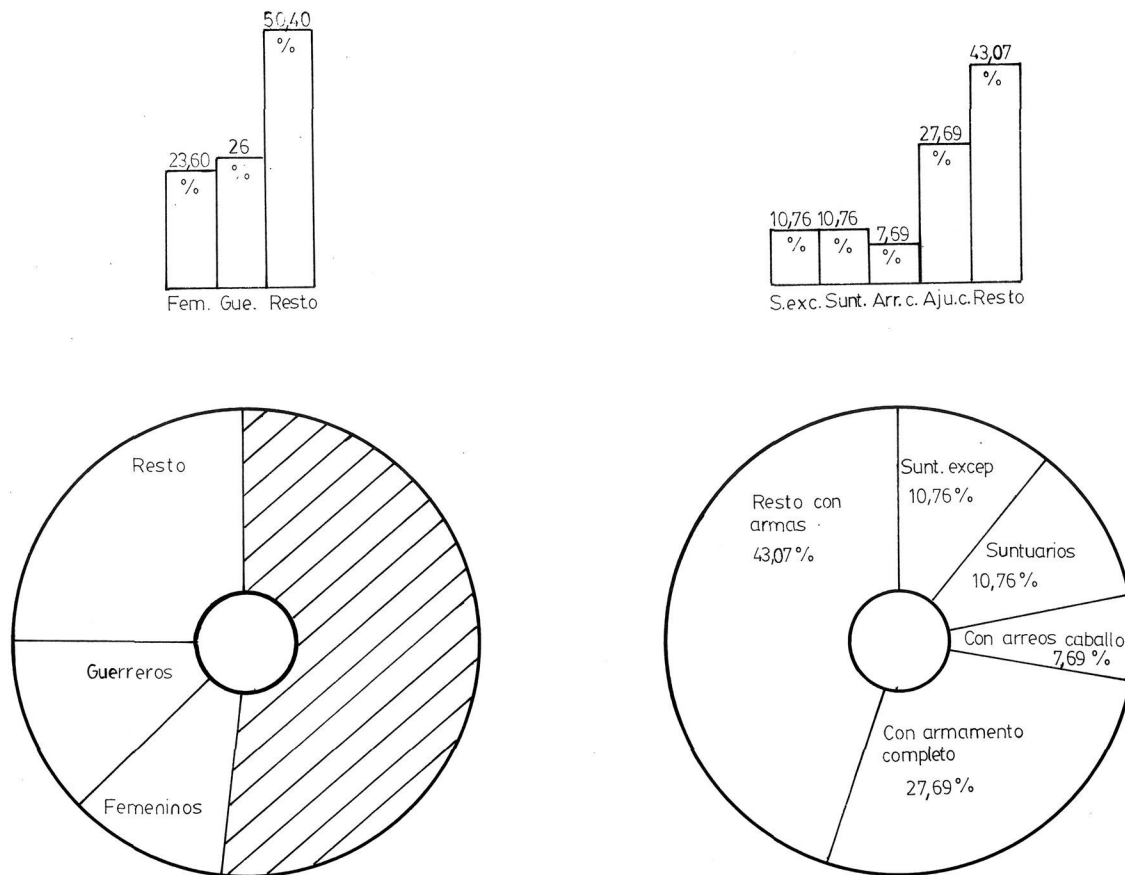


Figura 5. Distribución de los ajuares de la zona VI de la necrópolis de La Osera.

establecidas para Las Cogotas son válidas para La Osera, si bien debe añadirse un apartado más, ya que hay aquí algunas tumbas especialmente ricas:

0. Ajuares suntuarios excepcionales, así denominados por su riqueza y también por su especial ubicación, puesto que, al menos en dos casos, se hallan en túmulos. Son únicamente el 10,76% de los enterramientos de guerreros —el 2,80 de los que tienen ajuar y el 1,35 del total de tumbas de la zona— y comprenden espadas con nielados de plata, lanzas, escudo y arreos de caballo. Se incluye aquí una tumba que carecía de espada, pero que contenía dos lanzas, ocho placas de cinturón de bronce con elementos de plata y, en vez de urna cineraria, un caldero de bronce.

1. Con los mismos porcentajes que el grupo anterior, los ajuares suntuarios, que llevan espadas nieladas y otras armas, pero no arreos de caballo.

2. Ajuares completos —con espada, lanza, puñal, cuchillo y escudo, además de arreos de caballo—, aunque algo menos lujosos, ya que las espadas carecen de nielados, constituyen el 7,69% de las tumbas de gue-

rreros, el 2,00 de las que tienen ajuar y el 0,96 sobre el total de la zona.

3. Ajuares completos como los anteriores, pero sin arreos de caballo, arrojan respectivamente los siguientes tantos por ciento: 27,69, 7,20 y 3,48.

4. Los ajuares militares más sencillos —con lanza, navaja, alguna vez escudo o puñal, y siempre sin espada— suponen el 43,07, 11,20 y 5,60%, respectivamente.

II. No hay en esta zona tumbas claramente asignables a artesanos a no ser una dotada de un punzón; es muy discutible, ya que el punzón acompaña a algunos ajuares de guerreros.

III. Ajuares probablemente femeninos: parecen seguros los que tienen fusayolas, a veces como único elemento de ajuar, o algunos objetos de adorno, como brazaletes, collar, sortija o ciertas fíbulas. Los porcentajes son el 23,60% sobre las tumbas con ajuar y el 11,30 sobre el total de tumbas de la zona.

IV. Como en Las Cogotas, el último grupo es el de los ajuares poco expresivos.

La impresión que se obtiene tras el análisis de los ajuares funerarios es que hay marcadas diferencias sociales, que estamos ante una sociedad de estructura piramidal, en cuya cúspide se sitúa una aristocracia militar, poseedora de caballos y armas lujosas, que marcan su posición frente a un más amplio grupo de guerreros de panoplia más modesta. Esta gradación entre los individuos de condición militar tal vez se corresponda con la existente entre las mujeres cuyos ajuares llevan elementos de adorno y las que únicamente se acompañan de fusayolas. Otro escalón social lo constituirían artesanos y comerciantes, cuya existencia, difícilmente reconocible en las tumbas, se intuye sobre todo a partir de los materiales —herramientas por ejemplo— hallados en los poblados. Finalmente, las sencillas tumbas sin ajuar —más de la mitad de la zona sexta de La Osera, casi el 85% en Las Cogotas— deben corresponder a una amplia base social de condición humilde, entre los que acaso habría que incluir esclavos.

IV. La celtiberización

El mosaico cultural aludido, avanzada la segunda Edad del Hierro, va a sufrir un proceso de unificación que va borrando paulatinamente los particularismos regionales y que conocemos con el término de «celtiberización». Tal proceso se detecta claramente a través del estudio del material arqueológico y muy especialmente de la cerámica; sin embargo, al tratar de definirlo, es preciso en primer lugar referirnos a las fuentes escritas, pues comienzan a arrojar luz sobre la realidad étnica de este momento.

Si con anterioridad hemos hablado hipotéticamente de «protoarévacos» en las tierras sorianas, de «protovacceos» en el centro de la cuenca sedimentaria, y con seguridad de vettones en las penillanuras suroccidentales, ahora los datos que nos proporciona la documentación escrita, al socaire de las guerras que ocasiona la presencia romana, permiten entrever un grupo de pueblos situados al oriente de la Meseta y zonas aledañas del valle del Ebro, que son tildados de celtibéricos. Así, Polibio (35,2) cita a los arevacos, bellos y tittos; a ellos se podrían añadir los lusones, teniendo en cuenta el testimonio de Estrabón (III, 4, 13), e incluso el pueblo que se esconde en la «quinta parte», a la que aluden varios autores y recoge el geógrafo citado (III, 4, 19). La identificación de este último pueblo no es segura, pues mientras algunos in-

vestigadores, caso de Taracena, piensan en los pelenones¹²¹, no hace muchos años Wattenberg defendió que se trataría de los vacceos, basado en la etimología de su nombre en relación con el de los arevacos y sobre todo en el hecho de que Apiano (*Iber.*, 50) los citara como el otro genos de los celtiberos¹²². Nos encontraríamos de esta manera, especialmente si aceptamos la propuesta anterior, con una Celtiberia muy amplia, que se extendería también hacia el centro de la cuenca del Duero, contrastando con la Celtiberia estricta más volcada hacia el valle del Ebro, como parecen sugerir el tardío testimonio de Ptolomeo (II,6,57) y la dispersión de los epígrafes en lengua celtibérica¹²³.

Este panorama étnico, que tan parcamente nos transmiten las fuentes escritas, cabe superponerlo a la realidad arqueológica. La consecuencia es que la Celtiberia estricta coincide en cierta manera con el solar de la cultura del Alto Jalón —extendida por las tierras altas y páramos del Sistema Ibérico, en las actuales provincias de Soria y Guadalajara— cuyo papel en la génesis de la cultura celtibérica ha debido de ser notable, aunque no podemos precisarlo con exactitud en el estadio actual de la investigación. En todo caso, pese al restringido conocimiento que tenemos hoy de la cultura del Alto Jalón, se puede asegurar que el elemento más significativo de la misma son las espadas de antenas. Se ha dicho que estas armas pueden hacer pensar en elementos del círculo hallstático de los Alpes orientales¹²⁴, pero el mecanismo de su llegada a la Península resta absolutamente en la bruma; en cambio, lo que no puede ponerse en duda es su alta cronología en las tierras orientales de la Meseta y zonas aledañas, como pone de manifiesto el hallazgo de un ejemplar en la tumba 3 de la necrópolis de Prados Redondos, en Sigüenza, que, al estar acompañado de un puente de fíbula de doble resorte, asimilable al tipo A de Aguilar de Anguita, y de una punta de lanza de «tipo Alcácer», fechan sus descubridores con cierta razón en la primera mitad del siglo V a. de J.C.¹²⁵, aunque bien es verdad que las cerámicas que figuraban también en el ajuar podrían apuntar a fechas posteriores.

Esta cronología alta de las espadas de antenas contrasta con la que hemos señalado para piezas análogas

¹²¹ TARACENA AGUIRRE, 1954, p. 213.

¹²² WATTENBERG, 1960, p. 154.

¹²³ HOZ, 1983, p. 355.

¹²⁴ ALMAGRO GORBEA, 1976-78, p. 105.

¹²⁵ FERNÁNDEZ-GALIANO, VALIENTE MALLA y PÉREZ HERRERO, 1982, pp. 27-28.

en el sector suroccidental de la Meseta o, dicho de otra manera, en la cultura de Cogotas II, donde, mientras no tengamos otros elementos de juicio —y en este sentido sería muy importante el descubrimiento del cementerio de Sanchorreja—, cabe defender dataciones dentro del siglo IV. Este desfase cronológico podría ser explicado por una influencia del grupo del Alto Jalón sobre Cogotas II, a través de los poblados serranos, sobre todo a partir del momento en que aquél se vitaliza considerablemente a causa de la explotación de la riqueza minera del Moncayo. La importancia histórica de la explotación de estos recursos no ha pasado desapercibida, pues ya hace un cuarto de siglo el Prof. Maluquer la creyó decisiva en la «cristalización del mundo celtibérico»¹²⁶.

No cabe duda que la generalización del hierro es uno de los rasgos característicos del fenómeno celtibérico en su conjunto, pero no el más importante, pues, como hemos visto, en el momento de la transición las armas y los útiles de hierro eran ya algo habitual. Lo que mejor define el fenómeno celtibérico y en consecuencia el avance de la celtiberización es un tipo especial de cerámica, fabricada a torno, cocida con fuego oxidante y en la mayoría de los casos ostentado decoración pintada característica. Y decimos avance no sólo porque pueblos no celtibéricos, caso de vettones y astures, se celtiberizan, sino también porque esa cerámica típica va extendiéndose de este a oeste y de sur a norte. En efecto, las primeras cerámicas torneadas se documentan en el sector oriental, en tierras sorianas, a partir de la mitad del siglo IV, como pone de manifiesto la fecha absoluta de 320 a. de J.C., obtenida en el castro de El Royo para el nivel celtibérico¹²⁷, datación recientemente avalada por una de las dos —la que arroja 350 a. de J.C.— que proporcionó el nivel de incendio que marca en el castro de El Castillejo de Fuensaúco la separación entre el horizonte «protoarévaco» y el celtibérico¹²⁸; fechas en consonancia con éstas proceden del sector meridional, en el ámbito de la cultura de Cogotas II, donde en un enterramiento de la necrópolis del castro abulense de El Raso de Candeleda —bien es verdad que al otro lado del Sistema Central— aparecen urnas globulares indígenas a torno asociadas a cerámica precampaniense del tercer cuarto del siglo IV¹²⁹. Quiérese decir con estos ejemplos que desde mediados de la

cuarta centuria las cerámicas a torno se están generalizando en los sectores oriental y meridional de la Meseta.

Hacia el centro del territorio las fechas que se han propuesto son algo más tardías. Wattenberg sugería una data inicial a comienzos del siglo III o finales del IV para las primeras producciones a torno sin pinturas de El Soto de Medinilla¹³⁰, aunque más tarde y a partir de las estratigrafías de Simancas rebajara dicho acontecimiento hacia el 220 a. de J.C., coincidiendo con la expedición anibálica¹³¹. Es posible que esta segunda fecha sea excepcionalmente baja, pues vasos a torno se asocian en la necrópolis de Las Cogotas a puñales de tipo Monte Bernorio, en su variedad de pomo y guarda naviformes y pomo de dos discos, que se encuadran de lleno en el siglo III¹³².

En las tierras más occidentales, finalmente, nosotros mismos hemos defendido la pervivencia del mundo del Soto hasta la llegada de las cerámicas celtibéricas¹³³. Allí, al oeste del Esla, los trabajos de Esparza actualmente en curso van demostrando lo reducido del impacto celtibérico y lo tardío del mismo. Sería posible incluso que tal proceso hubiese tenido lugar, paradójicamente, durante la conquista romana.

El hecho de la introducción de las cerámicas torneadas, cuyo desfase cronológico en el ámbito meseteño hemos delineado, no significa en un primer momento, y por tanto en las zonas que primero reciben esta innovación técnica, indicio de celtiberización, sino más bien influencia del mundo ibérico, sin la cual no puede explicarse la cerámica celtibérica. Y decimos esto, porque las formas de las cerámicas torneadas meseteñas no pueden relacionarse con ninguna de las del rico y variado elenco de especies anteriores, en cambio si es posible buscar antecedentes en la cerámica ibérica, tanto con respecto a la técnica como a las formas y la decoración. En este sentido no podemos silenciar la existencia de auténticas importaciones de cerámica ibérica, precisamente en las zonas oriental y meridional aludidas. Así, en Numancia se documentan ánforas con un estrechamiento hacia la mitad de la altura y asas en los hombros¹³⁴, que son absolutamente típicas del mundo ibérico, datándose allí, debido a su asociación con cerámica ática de barniz negro en la tumba 127 de El Cigarralejo, a fines del segundo cuarto

¹²⁶ MALUQUER DE MOTES, 1960, p. 143.

¹²⁷ EIROA, 1980, pp. 436 y 438-439.

¹²⁸ ROMERO CARNICERO, 1984c.

¹²⁹ FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1972, p. 278.

¹³⁰ WATTENBERG, 1959, p. 178.

¹³¹ WATTENBERG, 1978, p. 14.

¹³² CABRÉ AGUILÓ y CABRÉ HERREROS, 1933, p. 43.

¹³³ MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1981, p. 175.

¹³⁴ WATTENBERG, 1963, tabla XXVIII n^{os} 795 y 796.

del siglo IV a. de J.C.¹³⁵. En Sanchorreja, Maluquer señala el hallazgo de fragmentos de cerámica de tipo «ibérico», contraponiéndolos a los de tipo «celtibérico»¹³⁶; se localizaron ambos «en superficie más que dentro de nivel», pero su interés es notable no sólo por documentar importaciones meridionales, sino también por avalar una fecha relativamente antigua para las primeras cerámicas celtibéricas, habida cuenta de la cronología que establece para Sanchorreja II el citado investigador.

Parece, pues, que en ciertas zonas se podría hablar ya de cerámica celtibérica a finales del siglo IV, pero en esta etapa de formación es muy difícil deslindar lo que es realmente celtibérico de sus modelos ibéricos. A partir de entonces la cerámica celtibérica se irá consolidando paulatinamente, alcanzando su apogeo en las dos últimas centurias antes de la Era. Su desaparición o más bien su transformación en lo que comúnmente conocemos por «cerámica de tradición indígena» se producirá también sin solución de continuidad, pudiéndose hablar ya de estas nuevas producciones a comienzos del siglo I de la Era y con toda propiedad a partir del comedio de dicha centuria, cuando se afianza y desarrolla la *terra sigillata* hispánica.

La periodización interna de la cerámica celtibérica, tal y como la concebimos hoy, se debe a F. Wattenberg, quien ya en 1959, con ocasión del Primer Symposium de Prehistoria Peninsular¹³⁷, llamaba la atención sobre la inviabilidad de los «tres estilos» que estableció Taracena para la cerámica numantina, proponiendo nuevas alternativas para dichas producciones, que cristalizarían en una obra algo posterior¹³⁸. Curiosamente ese mismo año, también fijaba la sistematización de las cerámicas celtibéricas del valle medio del Duero, sobre todo a partir de las excavaciones de El Soto de Medinilla¹³⁹, que será aplicada, postremente, en el estudio de la compleja estratigrafía de Simancas¹⁴⁰. Los presupuestos de los que parte Wattenberg —estudio de las fuentes clásicas, análisis de las cronologías relativas de la Meseta y seriación tipológica de los vasos— desembocan en una serie de períodos cronológicos que comprenden los años 320-220, 220-179, 179-133, 133-75 y 75-29, en los que se en-

cuadran las diversas producciones cerámicas, es decir, tanto las estrictamente celtibéricas —repitámoslo, las elaboradas a torno, cocidas con fuego oxidante y pintadas— como las especies a mano estampilladas, las que presentan incrustaciones de cobre o ámbar, o las peinadas, que de ninguna manera pueden ser consideradas celtibéricas.

No cabe duda que la crítica al sistema Wattenberg, tras un cuarto de siglo de rodaje, es fácil. De inicio se puede señalar que referir cada nivel estratigráfico a las fechas que nos proporcionan los escritores antiguos sobre las campañas militares en la región —por ejemplo, al 220, la expedición anibálica; al 179, la campaña de Postumio; la 133, la caída de Numancia; o al 75, las guerras sertorianas— es cuando menos bastante arriesgado, sobre todo si se emplean en yacimientos que, aun siendo importantes, no son registrados por los historiadores de la época. Y ahondando más en la cuestión, hoy son inadmisibles las cronologías bajas para las cerámicas con incrustaciones de cobre o ámbar y es excesiva la modernidad de las cerámicas a peine o las decoradas con estampillados antiguos, como hemos tenido ocasión de ver en páginas anteriores. En cambio, creemos absolutamente viables las indicaciones cronológicas de las cerámicas torneadas; y decimos indicaciones cronológicas no sólo para liberar el sistema del rigor historicista a que está sometido, sino también para relativizar las conclusiones obtenidas.

Pese al enorme mérito del sistema Wattenberg, no cabe duda que se puede y se debe avanzar en el estudio de ese fósil director que es la cerámica celtibérica para las tres centurias anteriores al cambio de Era. El camino no puede ser otro que avanzar en el estudio tipológico —mediante la realización de repertorios locales y regionales, paso previo a un corpus general— y, al mismo tiempo, tratar de obtener una mejor cronología. Por lo que se refiere al primer aspecto, hay que mencionar que en el último decenio se han elaborado las tipologías locales de Luzaga¹⁴¹, Inestrillas¹⁴² y Castrojeriz¹⁴³, y las regionales correspondientes a Navarra-La Rioja¹⁴⁴ y valle inferior del Pisuerga, esta última tomando como base los yacimientos de El Soto de Medinilla, Simancas y Tariego¹⁴⁵. Todos estos ejemplos son dignos de imitar, porque,

¹³⁵ CUADRADO, 1972, pp. 126 y 154 (tipo 1a); Idem, 1963, cuadros n.º 3 y general.

¹³⁶ MALUQUER DE MOTES, 1958, pp. 51-52.

¹³⁷ WATTENBERG, 1960, pp. 158-173.

¹³⁸ WATTENBERG, 1963, pp. 33-36 y 68.

¹³⁹ WATTENBERG, 1959, pp. 176-207.

¹⁴⁰ WATTENBERG, 1978.

¹⁴¹ DÍAZ DÍAZ, 1976.

¹⁴² HERNÁNDEZ VERA, 1982, pp. 199-216.

¹⁴³ ABASOLO, RUIZ y PÉREZ, 1983.

¹⁴⁴ CASTIELLA RODRÍGUEZ, 1977, pp. 307-371.

¹⁴⁵ WATTENBERG GARCÍA, 1978.

aparte de sistematizar el material, se empieza a entrever el ámbito zonal de dispersión de ciertas formas y decoraciones —se podría hablar ya de auténticos alfares vacceos, de ubicación desconocida, en el sector central del valle del Duero—, con sus consiguientes implicaciones de centros de producción y circuitos comerciales.

Para obtener una mejor cronología, la segunda cuestión que mencionábamos, es necesario la intensificación de cortes estratigráficos en yacimientos significativos, a ser posible no en vertederos, pues la experiencia que se tiene de la excavación de éstos no lo hace aconsejable, a la vista de la precariedad de los resultados conseguidos. Recuérdese en este sentido que la estratigrafía del vertedero de Simancas se presentaba compleja, debido a los arrastres¹⁴⁶, y consecuentemente los resultados de su interpretación son problemáticos; la de Castrojeriz, en cambio, no ofrecía dificultades en cuanto a su formación, pero su amplitud cronológica, fijada sobre todo a partir de paralelos con las formas establecidas por E. Wattenberg, es muy breve, parte del siglo II y tal vez transición al I¹⁴⁷, y por tanto de valor muy reducido.

También ofrece importantes datos cronológicos cierto tipo de material foráneo, siempre escaso, pero cuya datación segura arroja mucha luz sobre las producciones locales. Este puede presentarse en lugares de habitación o en conjuntos cerrados, tanto en tumbas como en atesoramientos. Queremos recordar algunos ejemplos del ámbito meseteño, a los que no se les ha prestado la atención debida. En primer lugar, varios denarios de la República romana de finales del siglo II y comienzos del I se asocian en Langa de Duero a otros denarios celtibéricos y a cerámicas de la misma estirpe, entre ellas una botella de hombros muy característica¹⁴⁸. Por otra parte, en la zona VI del cementerio abulense de La Osera dos enterramientos contenían sendos platitos campanienses de la forma 25 (Morel 2733c), cuya cronología puede situarse con certeza en el siglo III: en el n.º 138 asociado a una urna cineraria y a un vaso de gallones, ambos a torno y celtibéricos, y en el 338 junto a una urna a torno de filiación dudosa¹⁴⁹. Finalmente, en el tesoro III de

Palencia¹⁵⁰, soterrado durante las guerras sertorianas, aparecieron dos vasos de gran interés: un recipiente ovoide decorado con triángulos reticulados, tema muy característico de las producciones celtibéricas tardías, y una botella de hombros ornada con motivos reticulados, curvilíneos y series de paralelas, que podría paralelizarse con tipos laténicos, aspecto este de cierto alcance, pero que no puede ser abordado aquí. Ni que decir tiene que las fechas de las piezas foráneas o de la ocultación del tesoro palentino convienen a los vasos indígenas respectivos, que a su vez pueden ser empleados para la datación de otros conjuntos.

En el momento de la celtiberización, y sobre todo avanzado el proceso, se producen también cambios en los objetos metálicos. Ya aludimos a la modernidad de los puñales con empuñadura de frontón y doble globular, pero resta añadir que este último estará en pleno uso cuando se produce la conquista romana. Con respecto a las fíbulas, podrían reputarse de celtibéricas las habitualmente llamadas de torrecilla lateral y de caballito, las simétricas, ciertos tipos de La Tène —a veces traídos por los soldados, como ponen de manifiesto los hallazgos de los campamentos de Numancia¹⁵¹— y las anulares de anillo grueso y de puente ancho. Estas últimas, bien estudiadas por Cuadrado, llaman la atención por su barroquismo y porque sus hallazgos se concentran sobre todo en las provincias de Palencia y Burgos¹⁵². En ciertas ocasiones, cuando son de metales preciosos, formarán parte de los atesoramientos que provoca la presencia romana, como hemos de ver al referirnos a la orfebrería.

También la presencia romana origina importantes modificaciones en los sistemas defensivos de los poblados. En efecto, en el castro abulense de La Mesa de Miranda se levanta la muralla de un tercer recinto, con técnica bien distinta a la empleada en la de los otros dos y fosilizando una parte de la necrópolis¹⁵³. Tal ampliación se debió probablemente a un aumento demográfico en un momento de inseguridad, pues de no haber sido así aquélla no hubiese destruido parte del cementerio para seguir gozando del privilegiado emplazamiento defensivo en espigón fluvial. Los acontecimientos bélicos que la motivaron no fue la campaña anibálica del 220, cuyo carácter de razzia nadie pone en duda, sino las guerras que ocasiona

¹⁴⁶ WATTENBERG, 1978, pp. 17-18.

¹⁴⁷ ABASOLO, RUIZ Y PÉREZ, 1983, pp. 303-312, especialmente la 311.

¹⁴⁸ TARACENA AGUIRRE, 1932, p. 60.

¹⁴⁹ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN Y MOLINERO PÉREZ, 1950, pp. 104 y 128-129. En la descripción de la tumba 14 (p. 84) se dice que «quizás hubiera un pequeño platito negro campaniense».

¹⁵⁰ RADDATZ, 1969, pp. 234-238.

¹⁵¹ SCHULTEN, 1927 y 1929.

¹⁵² CUADRADO, 1960.

¹⁵³ CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ DE MORÁN Y MOLINERO PÉREZ, 1950, pp. 15-32 y 77-157.

la conquista romana, bien sean las operaciones de Postumio del 179 o las de Viriato de mediados de esta última centuria.

Otro ejemplo en el mismo sentido, nos lo proporciona el castro zamorano de Santiago, en Villalcampo. Cuando lo visitó Gómez-Moreno a principios de siglo pudo apreciar claramente en su muralla la presencia de torres cuadradas, separadas unas de otras a distancias regulares, lo que le hizo sospechar que el recinto, a diferencia del de Yecla —un castro salmantino con muralla y barreras de piedras hincadas— tuviese ya influencias romanas¹⁵⁴. Tal apreciación es absolutamente correcta, a través de lo que hoy sabemos sobre los sistemas defensivos en el momento de la conquista, pero, por desgracia, nada puede comprobarse en el yacimiento —si la muralla se construyó unitariamente con torres o si éstas se añadieron en un momento dado— debido al arrasamiento casi completo que sufrió a consecuencia de la implantación de una central eléctrica en su solar.

En tierras palentinas, lindando ya con Santander, contamos con el excepcional testimonio de la muralla interna de Monte Bernorio, para la que tenemos elementos de datación fiables. Prescindiendo de la difícil problemática de la muralla externa, tal vez más antigua, la interna fosiliza una cabaña circular en la que apareció un puñal de «tipo Monte Bernorio» con un solo disco en la contera que, como se sabe, estaba en uso en el siglo III. Si a esto se añade la presencia de un cuerpo saliente, reforzado por un muro con orificios para un entramado de madera —técnica que cabría explicar por influencia de La Tène— convendremos con Esparza en que la muralla interna se levantaría ante la presencia romana¹⁵⁵.

Si los tres ejemplos mencionados, a los que con ciertas dudas se podría añadir el castro soriano de Ocenilla¹⁵⁶, son un buen exponente de las modificaciones que tienen lugar en las defensas de los poblados situados en los bordes de la Meseta, en el centro de la cuenca del Duero sabemos únicamente que siguen usándose fortificaciones de adobe y madera, como las de los poblados del primer Hierro, caso del paradigmático Soto de Medinilla. Ello se desprende del testimonio de Apiano (*b.c.* 1, 112), quien, al narrar la campaña de Pompeyo contra Sertorio en el año 74 a. de J.C., señala que el primero incendió las murallas de *Pallantia*. Por desgracia, no tenemos aún confirma-

ción arqueológica de tales fortificaciones ni en Palencia capital ni en Palenzuela, que son los núcleos que podrían identificarse con la ciudad que se menciona; sin embargo, el testimonio de Apiano es revelador.

Por otro lado, también avanzado el proceso de la celtiberización y con persistencias en los primeros tiempos de la dominación romana, se constatan cambios en el ritual funerario. Consisten en el escaso cuidado que se pone en la deposición de las cenizas en los enterramientos —no hay una urna cineraria propiamente dicha— y sobre todo en la miniaturización de los ajuares. Tales hechos se constatan perfectamente en la necrópolis de Palenzuela, actualmente en curso de excavación por el que suscribe, y en menor medida en la de Cuéllar, dada la precariedad de los datos disponibles¹⁵⁷. Numerosos enterramientos de la fase reciente de la primera, que no cabe interpretar como infantiles, contienen objetos en miniatura de cerámica, de hierro (azadas, hachas, trévedes, parrillas, etc.) y excepcionalmente de bronce, evidenciando el cambio que decimos y al mismo tiempo la existencia de una actividad industrial con fines funerarios. Las causas concretas de estos cambios son desconocidas, pero sabemos que tales costumbres continuarán tras la conquista romana, como lo pone de manifiesto la nunca bien conocida necrópolis palentina de las Eras del Bosque¹⁵⁸.

Hemos de referirnos, finalmente, a la orfebrería, no sólo porque nos ayudará a matizar el fenómeno celtibérico, sino también porque su conocimiento se debe sobre todo a las joyas que se atesoran por doquier a consecuencia de las guerras que motiva la presencia romana.

Si, como se ha señalado, el reconocimiento de una auténtica cerámica celtibérica, claramente diferenciada de la ibérica, ha sido laborioso y relativamente tardío, otro tanto ha sucedido con la orfebrería celtibérica, cuya existencia ha sido defendida sólo muy recientemente¹⁵⁹. En efecto, diversas joyas —sueltas o reunidas en espectaculares tesoros— han ido apareciendo en distintas localidades meseteñas a lo largo de este siglo, pero han sido consideradas sin excepción como ibéricas. Únicamente Raddatz, en su trabajo de conjunto sobre los tesoros prerromanos peninsulares, concedió una cierta personalidad a estos hallazgos de la cuenca del Duero, con los que estableció un «grupo

¹⁵⁴ GÓMEZ-MORENO, 1927, pp. 37-38.

¹⁵⁵ ESPARZA, 1982.

¹⁵⁶ TARACENA AGUIRRE, 1941, pp. 122-124.

¹⁵⁷ MOLINERO PÉREZ, 1952 y 1971, pp. 95-106.

¹⁵⁸ LÓPEZ RODRÍGUEZ, 1978, donde se reúne toda la bibliografía anterior.

¹⁵⁹ DELIBES DE CASTRO y MARTÍN VALLS, 1982.

de la Meseta Norte» y otro «de Soria», dentro del conjunto de lo ibérico¹⁶⁰.

Un examen detenido de los hallazgos meseteños permite, sin embargo, observar que, más allá de su indiscutible derivación respecto de la orfebrería ibérica, hay aquí unos rasgos característicos. En primer lugar, una transformación peculiar, un distanciamiento de los modelos originarios, claramente perceptible en los brazaletes de cinta espiraliforme, sobre los que se troquela una profusa decoración geométrica, y en los torques «funiculares» cuyos extremos rematan en gruesas perillas absolutamente desconocidas en el mundo ibérico y que nos remiten en cambio a los torques áureos del Noroeste¹⁶¹. En segundo lugar, la existencia de tipos exclusivos, como los adornos capilares rematados en cabezas de caballo, las fíbulas simétricas o ciertas variantes muy «barrocas» de la fíbula anular hispánica.

Por sus implicaciones históricas, son especialmente interesantes los lotes de joyas que han sido encontrados en diversas localidades de la región (Roa, Palencia, Padilla de Duero, Arrabalde, etc.). En buena parte de los casos, nos hallamos sin duda ante ocultaciones bajo el piso de viviendas, estando las joyas acompañadas por monedas de plata y guardadas en recipientes cerámicos o metálicos. La finalidad de tales ocultaciones no debió de ser otra que la de preservar las riquezas propias de determinados individuos o familias ante situaciones de peligro, probablemente bélicas. En el caso de los tesoros celtibéricos, creemos que hay tres momentos de inseguridad especialmente importantes: el primero, relacionado con las guerras sertorianas, justificaría el atesoramiento, exclusivamente numismático, de Palenzuela —a juzgar por los más modernos denarios de la República romana que acompañan a miles de denarios ibéricos— y los de Padilla, Palencia y Roa, si se considera como testimonio de contemporaneidad su composición monetaria, semejante a la de aquél. Un segundo momento lo representarían las luchas, también civiles, de César y los pompeyanos, con las que cabe relacionar el tesoro de El Raso de Candeleda. El de Arrabalde, en cambio, parece corresponder a un tercer momento, el de las guerras contra cántabros y astures, ya que los anteriores conflic-

tos tuvieron mucha menor incidencia en el borde noroccidental de la región¹⁶².

En cualquier caso, estas joyas —muy homogéneas desde el punto de vista estilístico— constituyen un buen exponente del proceso de la celtiberización: por encima de la adscripción étnica concreta de sus poseedores, tales joyas nos ilustran acerca del grado de evolución económico-social alcanzado en los núcleos de población en los que aparecen. Desde luego interesa mucho más estudiar el proceso mediante el cual ciertos pequeños poblados del comienzo de la segunda Edad del Hierro se convierten en los grandes castros de la víspera de la conquista romana, que el que éstos correspondan a los vacceos, los arévacos o los propios astures.

Referencias bibliográficas

- ABASOLO, J.A. (1974): *Carta arqueológica de la provincia de Burgos. I. Partidos judiciales de Belorado y Miranda de Ebro*, Studia Archaeologica, 33, Valladolid.
- ABASOLO, J.A. et alii (1982): *Arqueología burgalesa*, Burgos.
- ABASOLO, J.A., RUIZ, I. y PÉREZ, F. (1983): «Castrojeriz I: El vertedero de la Colegiata», *NAHisp.*, 17, pp. 193-318.
- ALMAGRO, M. (1939): «La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica», *Ampurias*, I, pp. 138-159.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1969): *La necrópolis de "Las Madrigruegas"*, Carrascosa del Campo (Cuenca), BPH, X, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977a): *El Bronce Final y el periodo orientalizante en Extremadura*, BPH, XIV, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977b): «El Pic dels Corbs, en Sagunto, y los campos de urnas del NE de la Península Ibérica», *Saguntum*, 12, pp. 89-141.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1976-78): «La iberización de las zonas orientales de la Meseta», *Ampurias*, 38-40, pp. 93-156.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1978): «Pozo Moro y la formación de la cultura ibérica», *Saguntum*, 13, pp. 227-246.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1977): «La necrópolis celtibérica de "El Altillo" en Aguilar de Anguita (Guadalajara). (Resultados de la campaña de excavación de 1973)», *Wadal-Hayara*, 4, pp. 99-141.

¹⁶⁰ RADDATZ, 1969.

¹⁶¹ A propósito de un torque de Palencia, Cabré llamó la atención sobre su aspecto y técnica ibéricos y la adopción de los remates piriformes de los torques de los astures (CABRÉ AGUILÓ, 1927, p. 279).

¹⁶² Sobre estos aspectos véase DELIBES DE CASTRO y MARTÍN VALLS, 1982, pp. 39-41.

- ARRIBAS, A. *et alii* (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina", Monachil (Granada). El corte estratigráfico n.º 3*, EAE, 81, Madrid.
- AUBET, M.E. (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona.
- BALIL, A. (1970): «Casa y urbanismo en la España antigua», *BSAA*, XXXVI, pp. 289-334.
- BELÉN, M., BALBÍN, R., y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1978): «Castilviejo de Guijosa (Sigüenza)», *Wad-al-Hayara*, 5, pp. 63-87.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1962): *Religiones primitivas de Hispania*, Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. (1921-26): «Troballes de les necròpolis d'Osma i Gormaz adquirides pel Museu de Barcelona», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VII, pp. 171-185.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1927): «El tesoro de Chão de Lamas. Miranda do Corvo (Portugal)», *AMSEAEP*, VI, pp. 263-289.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). I. El Castro*. MemJSEA, 110, Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1931): «Tipología del puñal, en la cultura de "Las Cogotas"», *AEAArq.*, VII, pp. 221-241.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1932): *Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila). II. La Necrópolis*. MemJSEA, 120, Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J., y CABRÉ HERREROS, M.E. (1933): «Datos para la cronología del puñal de la cultura de "Las Cogotas"», *AEAArq.*, IX, pp. 37-45.
- CABRÉ AGUILÓ, J., CABRÉ DE MORÁN, E., y MOLINERO PÉREZ, A. (1950): *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, Acta Arqueológica Hispánica, V, Madrid.
- CABRÉ DE MORÁN, E., y MORÁN CABRÉ, J.A. (1977): «Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la meseta oriental hispánica», *RUC*, XXVI, 109 (Homenaje a García y Bellido, III), pp. 109-148.
- CABRÉ DE MORÁN, E., y MORÁN CABRÉ, J.A. (1982): «Ensayo cronológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta hispánica», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 15, pp. 4-27.
- CARDOZO, M. (1946): «Carrito votivo de bronce del Museo de Guimarães (Portugal)», *AEAArq.*, XIX, pp. 1-28.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Excavaciones en Navarra, VIII, Pamplona.
- CASTRO GARCÍA, L. (1971): *La necrópolis de Pallantia*, Palencia.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. (1976): «La necrópolis celtibérica de Valdenovillos (Guadalajara)», *Wad-al-Hayara*, 3, pp. 5-26.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. (1977): «Prados Redondos (Sigüenza)», *Wad-al-Hayara*, 4, pp. 255-257.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. (1978): «Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico», *TP*, 35, pp. 279-306.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. (1979): «La necrópolis céltica de Sigüenza (Guadalajara)», *Wad-al-Hayara*, 6, pp. 49-75.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. (1981): «Sigüenza: enterramientos tumulares de la Meseta-Oriental», *NAHis.*, 11, pp. 189-208.
- CERDEÑO, M.L., GARCÍA HUERTA, R., y PAZ, M. de (1981): «La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). Campos de urnas en el este de la Meseta», *Wad-al-Hayara*, 8, pp. 9-84.
- CUADRADO, E. (1957): «La fíbula anular hispánica y sus problemas», *Zephyrus*, VIII, pp. 5-76.
- CUADRADO, E. (1960): «Fíbulas anulares típicas del Norte de la Meseta castellana», *AEAArq.*, XXXIII, pp. 64-97.
- CUADRADO, E. (1963): «Cerámica ática de barniz negro de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia)», *APL*, X, pp. 97-164.
- CUADRADO, E. (1968): *Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara)*, EAE, 60, Madrid.
- CUADRADO, E. (1972): «Tipología de cerámica ibérica fina del Cigarralejo, Mula (Murcia)», *TP*, XXIX, 1972, pp. 125-187.
- DELIBES DE CASTRO, G., y MARTÍN VALLS, R. (1982): *El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico*, Zamora.
- DÍAZ DÍAZ, A. (1976): «La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el Museo Arqueológico Nacional», *RABM*, LXXIX-2, pp. 397-489.
- DOMINGO VARONA, L. (1982): «Los materiales de la necrópolis de Almaluez (Soria) conservados en el Museo Arqueológico Nacional», *TP*, 39, pp. 241-278.
- EIROA, J.J. (1980): «Datación por el Carbono-14 del castro hallstático de El Royo (Soria)», *TP*, 37, pp. 433-442.
- ESPARZA ARROYO, A. (1976): *Los castros de la segunda Edad del Hierro en la provincia de Zamora*, Valladolid, ms.
- ESPARZA ARROYO, A. (1982): «Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia)», *PITTM*, 47, pp. 395-408.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983a): «Sobre el límite oriental de la cultura castreña», *II Seminario de Arqueología del Noroeste*, Madrid, p. 105-119.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983b): «Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio astur», *Lancia*, 1, p. 83-101.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983c): «Los castros de Zamora occidental y Tras-os-Montes oriental: hábitat y cronología». Colòquio Inter-Universitário de Arqueologia do Noroeste. Porto, 1983, en prensa.

- FERNÁNDEZ-GALIANO, D. (1976): «Descubrimiento de una necrópolis celtibérica en Sigüenza (Guadalajara)», *Wad-al-Hayara*, 3, pp. 59-67.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D. (1979): «Notas de prehistoria seguntina», *Wad-al-Hayara*, 6, pp. 9-48.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D., VALIENTE MALLA, J., y PÉREZ HERRERO, E. (1982): «La necrópolis de la Primera Edad del Hierro de Prados Redondos (Sigüenza, Guadalajara). Campaña 1974», *Wad-al-Hayara*, 9, pp. 9-63.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1972): «Objetos de origen exótico en El Raso de Candeleda (Ávila)», *TP*, 29, 1972, pp. 273-294.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1982): «Consideraciones sobre la técnica del boquique», *TP*, 39, pp. 137-159.
- GARCÍA HUERTA, M. del R. (1980): «La necrópolis de la Edad del Hierro en La Olmeda (Guadalajara)», *Wad-al-Hayara*, 7, pp. 9-33.
- GÓMEZ-MORENO, M. (1927): *Catálogo Monumental de la Provincia de Zamora*, Madrid.
- GÓMEZ-MORENO, M. (1983): *Catálogo Monumental de la provincia de Ávila*. Ávila.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. (1983): *Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Resumen de la tesis doctoral, Salamanca.
- GUILAINE, J. (Dir.) (1976): *La Préhistoire Française*, II, Paris.
- HARBINSON, P. (1968): «Castros with "Chevaux-de-Frise" in Spain and Portugal», *MM*, 9, p. 116-147.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. (1981): «Cerámica con decoración "a peine"», *TP*, 38, p. 317-326.
- HERNÁNDEZ VERA, J.A. (1982): *Las ruinas de Inestrillas. Estudio arqueológico. Aguilar de Río Albama, La Rioja, Logroño*.
- HOZ, J. DE (1983): «Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica», *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo*, Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos, Sevilla, 1981, Madrid, pp. 351-396.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F., y LORENZO FERNÁNDEZ, J. (1952): «Cuatro peñas con pilas, del sur de Galicia», *CEG*, VII, pp. 5-54.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J.R. (1978): «La necrópolis de Eras del Bosque (Palencia)», *PITTM*, 40, pp. 187-205.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1951): «De la Salamanca primitiva», *Zephyrus*, II, pp. 61-72.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1952): «Una figurita de guerrero con espada al hombro del castro del Cerro del Berrueco (Salamanca)», *Rev. Guimarães*, LXII, pp. 233 ss.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *El castro de Los Castillejos de Sanchorreja*, Ávila-Salamanca.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1960): «Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta», *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, Pamplona, 1959, Pamplona, pp. 125-149.
- MAÑANES, T. (1977): «Contribución a la Carta Arqueológica de la provincia de León. Aspectos histórico-arqueológicos», en *León y su Historia*, Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 18, León, pp. 319-364.
- MAÑANES, T. (1981): *El Bierzo prerromano y romano*. Fuentes y Estudios de Historia Leonesa, 27, León.
- MAÑANES, T. y MADRAZO, T. (1978): «Materiales de una necrópolis vallisoletana de la Edad del Hierro», *TP*, 35, pp. 425-432.
- MARTÍN VALLS, R. (1971a): «El castro del Picón de la Mora (Salamanca)», *BSAA*, XXXVII, pp. 125-144.
- MARTÍN VALLS, R. (1971b): *Protohistoria y romanización de los vettones*, Valladolid, ms.
- MARTÍN VALLS, R. (1973): «Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: Nuevos hallazgos y problemas cronológicos», *BSAA*, XXXIX., pp. 81-103.
- MARTÍN VALLS, R. (1974): «Variedades tipológicas en las esculturas zoomorfas de la Meseta», *Studia Archaeologica*, 32, Valladolid, pp. 69-92.
- MARTÍN VALLS, R., y DELIBES DE CASTRO, G. (1976a): «Sobre la cerámica de la fase Cogotas I», *BSAA*, XLII, pp. 5-18.
- MARTÍN VALLS, R., y DELIBES DE CASTRO, G. (1976b): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III)», *BSAA*, XLII, pp. 411-440.
- MARTÍN VALLS, R., y DELIBES DE CASTRO, G. (1977): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV)», *BSAA*, XLIII, pp. 291-319.
- MARTÍN VALLS, R., y DELIBES DE CASTRO, G. (1978a): «Die Hallstatt-zeitliche siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)», *MM*, 19, pp. 219-230.
- MARTÍN VALLS, R., y DELIBES DE CASTRO, G. (1978b): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)», *BSAA*, XLIV, pp. 321-346.
- MARTÍN VALLS, R., y DELIBES DE CASTRO, G. (1981): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)», *BSAA*, XLVII, pp. 153-186.
- MARTÍN VALLS, R., y PÉREZ HERRERO, E. (1976): «Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila)», *BSAA*, XLII, pp. 67-88.
- MARTÍNEZ BURGOS, M. (1941): «Museo Arqueológico de Burgos», *MMA*, II, Madrid, pp. 49-55.
- MOLINA, F., y ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, I, pp. 175-214.

- MOLINERO PÉREZ, A. (1952): «Una necrópolis del Hierro céltico en Cuéllar (Segovia)», *II CNArq.*, Madrid, 1951, Zaragoza, pp. 337-354.
- MOLINERO PÉREZ, A. (1971): «Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia», *EAE*, 72, Madrid.
- MOREL, J.P. (1981): *Céramique campanienne: les formes*, BE-FAR, 244, Roma.
- OSABA y RUIZ DE ERENCHUN (1955): *Museo Arqueológico de Burgos*, Madrid.
- PALOL, P. de (1963): «Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja: los silos del barrio de San Pedro Regalado, de Valladolid», *Homenaje al Prof. Pedro Bosch Gimpera*, México, pp. 135-150.
- PALOL, P. de (1974): «Álava y la Meseta superior durante el Bronce Final y Primer Hierro», *EAA*, 6, pp. 91-100.
- PALOL, P. de y WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España. Valladolid*. Valladolid.
- PAZ ESCRIBANO, M. de (1980): «La necrópolis céltica de El Atance (Guadalajara)», *Wad-al Hayara*, 7, pp. 35-57.
- POSAC Y MON, C.F. (1953): «Solasancho (Ávila)», *NAHisp.*, I, pp. 63-74.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, 5, Berlin.
- REQUEJO OSORIO, J. (1978): «La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara)», *Wad-al-Hayara*, 5, pp. 42-62.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): «Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero», *BSAA*, XLVI, pp. 137-153.
- ROMERO CARNICERO, F. (1982): «Nuevo yacimiento de la Edad del Hierro en Medina del Campo», *Revista de Arqueología*, 21, p. 44.
- ROMERO CARNICERO, F. (1984a): «La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión». *Actas del 1^{er} Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, en prensa.
- ROMERO CARNICERO, F. (1984b): «Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: la casa circular del Castro del Zarranzano», *Actas del 1^{er} Symposium de Arqueología Soriana*, Soria 1982, Soria, en prensa.
- ROMERO CARNICERO, F. (1984c): *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*, *Studia Archaeologica*, 75, Valladolid, en prensa.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1977): «Fortificaciones del castro hallstático de Valdeavellano (Soria)», *Celtiberia*, 53, pp. 83-92.
- SANTOS JUNIOR, J.R. dos (1975): *Berrões proto-históricos do Nordeste no Portugal*, Porto.
- SIERRA DELAGE, M. (1981): «Fuente de la Mota (Barchin del Hoyo, Cuenca)», *NAHisp*, 11, pp. 209-306.
- SOUTOU, A. (1962): «Le castellum gabele du Roc de la Fare (commune de Laval du-Tarn, Lozère)», *Gallia*, XX, pp. 333-351.
- SOUTOU, A. (1963): «Le sanctuaire des roches à bassins de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)», *Ogam*, XV, pp. 191 ss.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, 3, Berlin, 2 vols.
- SCHULTEN, A. (1927): *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912, III. Die Lager des Scipio*, Munich.
- SCHULTEN, A. (1929): *Numantia. Die Ergebnisse... IV. Die Lager bei Renieblas*, Munich.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1926): *Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria*, MemJSEA, 75, Madrid.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1929): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, MemJSEA, 103, Madrid.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1932): *Excavaciones en la provincia de Soria*, MemJSEA, 119, Madrid.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1941): *Carta Arqueológica de España*. Soria, Madrid.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1954): «Los pueblos celtibéricos», en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, I-3, Madrid, pp. 195-299.
- TOVAR, A. (1966-67): «L'inscription du Cabeço das Fraguas et la langue des lusitaniens», *EC*, 11, pp. 137 ss.
- WATTENBERG, F. (1957): «Un broche de bronze celtibérico», *BSAA*, XXIII, pp. 55-63.
- WATTENBERG, F. (1959): *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, BPH, II, Madrid.
- WATTENBERG, F. (1960): «Los problemas de la cultura celtibérica», *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, Pamplona, 1959, Pamplona, pp. 151-177.
- WATTENBERG, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*, BPH, IV, Madrid.
- WATTENBERG, F. (1978): *Estratigrafía en los cenizales de Simancas (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 2, Valladolid.
- WATTENBERG GARCÍA, E. (1978): *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga. Yacimientos de Tariago, Soto de Medinilla y Simancas*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 3, Valladolid.